



# El triunfo de Cristo

**Mons. Tihamér Tóth**

# **El triunfo de Cristo**

Mons. Tihamér Tóth

LICENCIA ECLESIAÍSTICA

**Nihil obstat:**  
DR. ANDRÉS DE LUCAS.  
*Censor.*

**Imprimase:**  
CASIMIRO  
*Ob. Aux. y Vic. Gen.*  
Madrid, 18 octubre 1944.

Este libro está directamente traducido del original húngaro  
«KRISZTUS DIADALA»  
por el M. I. Sr. D. Antonio Sancho Nebot.  
Magistral de Mallorca.

1944

# ÍNDICE

ANTE EL SEPULCRO REFULGENTE DE CRISTO.....	5
LA CRUZ VICTORIOSA.....	14
LA CRUZ DE CRISTO Y LA CRUZ DEL HOMBRE.....	28
CUANDO LA VIDA VENCÍÓ ALA MUERTE.....	35
EL MILAGRO DE PASCUA.....	43
"BUCAD LAS COSAS DE ARRIBA".....	51
DÍA DE LOS DIFUNTOS.....	57
LA ESPERANZA EN EL "OTRO MUNDO".....	65
CONSUELO PARA EL DIA DE DIFUNTOS.....	73
¿QUÉ HAY MAS ALLÁ DE LA MUERTE?.....	84
EN EL DÍA DE LOS GRANDES RECUERDOS.....	91
SOCIEDAD Y RELIGION.....	95

## ANTE EL SEPULCRO REFULGENTE DE CRISTO

La fiesta de Pascua es la fiesta más grande y más antigua del cristianismo. Fiesta de alegría llena, desbordada. Cuando en 1633, Viena quedó libre del terrible peligro turco, las gentes, se abrazaban en las calles y en las plazas, no sabían hablar sino de la gran victoria. ¡Estamos libres! ¡Estamos verdaderamente libres!...

Una inmensa alegría inundaba también el alma de los primeros fieles, en la madrugada pascual, al saludarse de esta manera: « ¡Cristo ha resucitado!» Y la respuesta era: « ¡Realmente, ha resucitado!»

Noche del Sábado Santo. No parece sino que toda la ciudad está de pie; apenas se puede transitar por las calles, atestadas de gente. ¡Qué difícil el quedarse en casa! La fuerza eléctrica de una alegría hace tiempo no experimentada corre por los nervios de los hombres y los instiga a salir a la calle, al aire libre. Toda la tierra se regocija, y se regocijan los habitantes de la tierra, porque es la víspera de Pascua. Entonces brotan las yemas de los árboles, y entonces se abren los pétalos de las flores, y entonces salen también los brotes de una alegría verdadera y profunda en el alma de los hombres.

*Todos se alegran; pero ¿saben todos por qué?* Es la pregunta que hago ahora.

*En Pascua todos se alegran. Pero ¿por qué?*

Nuestra respuesta será triple.

I. Nos alegra, ante todo, *el rejuvenecimiento de la Naturaleza.*

En el hombre se encierra todo el gran universo como en miniatura; por esto suele llamarse al hombre microcosmos, un pequeño mundo.

Nuestro cuerpo está formado con mezcla de diversas materias minerales, plantas, animales, y todo está regido y vivificado por el alma espiritual. El filósofo ATENÁGORAS, del siglo II, lo expresó de esta manera: «El hombre existe como la piedra, crece como la planta, siente como el animal y piensa como el ángel.» Nuestra constitución física viene a ser una copia minúscula de todo el gran mundo material.

No ha de sorprendernos, por esto, si sentimos con la Naturaleza grande y se apodera de nosotros una tristeza misteriosa cuando en los días melancólicos, oscuros, de octubre, hojas amarillentas tejen con ruido imperceptible el sudario a la Naturaleza que agoniza, ni ha de sorprendernos tampoco si vibra en nosotros el empuje de la nueva vida cuando en primavera millones de brotes se abren en torno nuestro, y a la rigidez del sueño invernal sucede el calor vivo de los bosques que reverdecen.

Nuestro cuerpo fue tomado de la tierra, y un día ha de volver a ella; no es maravilla, pues, *si siente la muerte del viejo globo terráqueo*, si la agonía invernal le entristece, si la resurrección primaveral le llena de regocijo; cuando la vida resurge y entona su cántico, es natural que se encienda el júbilo en nuestro pequeño mundo, en nuestro propio ser; no de otro modo que al pulsarse la cuerda del arpa vibra también la cuerda del instrumento cercano, si las cuerdas de entrambos están afinadas y en el mismo tono. Por la primavera vibra en nosotros la alegría de una vida nueva. Cuando más nos alegramos de la hermosura de la vida, es precisamente en primavera, en la resurrección primaveral de la vida, que estaba muerta en su sepulcro invernal.

II. Pero el misterio pascual nos ofrece más grande júbilo, porque *es aliento y fuerza del porvenir para la sociedad y las naciones*.

En la Roma pagana, en el circo de Nerón, se levantaba un enorme obelisco que el emperador Calígula había hecho traer de Heliópolis. Este obelisco egipcio, de unos treinta metros de altura,

hecho de una sola piedra, se yergue hoy en medio de la plaza de San Pedro, y los peregrinos que llegan de todas las partes del mundo pueden leer en él esta inscripción: «Cristo vive, Cristo vence, Cristo impera.,

Nunca aparece con mayor claridad la verdad de estas palabras que en la víspera de Pascua. Porque en el atardecer primaveral revientan millones de brotes, brilla el color verde de las hojitas frescas, se abren los pétalos de las flores, la Naturaleza, rejuvenecida, canta el himno de una vida nueva... Y, sin embargo, ¡qué frío teníamos unas semanas antes! Acaso había quienes decían sin esperanza: «No llegará nunca la primavera.»

Y, sin embargo, puede retardarse a la primavera, mas no se la puede detener. La oscuridad puede luchar con la luz, mas no puede vencerla definitivamente. El triunfo de la maldad no es más que provisional; un día u otro hacen su entrada triunfal el honor y la bondad. Los enemigos vencedores no tuvieron a Jesucristo más de tres días en el sepulcro; a la madrugada del tercer día se abrió la tumba, y desde entonces no es posible vencer a Cristo, que triunfó de la misma muerte. Desde entonces, «Cristo vive, Cristo vence, Cristo impera».

La resurrección anual de la Naturaleza nos inspira esta pregunta: ¿Hay, acaso, también resurrección para los pueblos?

Si un pueblo es infiel a los ideales y a las leyes morales que le dieron su grandeza, perece sin remedio, y no tendrá resurrección. Si en él se tambalean las bases de la moral, del amor, de la justicia social y económica, terminará por derrumbarse.

Resuene, pues, la voz de las campanas de Pascua convocando a los pueblos y a los individuos a la meditación íntima, a la fecunda contemplación. Si los ciudadanos de una nación creen en el misterio pascual, en la vida ultraterrena, en la realidad de la vida eterna que nos espera, serán honrados, amantes del trabajo, apreciarán a sus prójimos, estarán dispuestos para el sacrificio..., es decir, serán sostén de la nación, trabajarán en la resurrección del porvenir.

III. Pero ¿a quién se le oculta que la respuesta anterior no es completa, que no ha explicado todavía la alegría inmensa que llena



nuestro espíritu el día de Pascua? ¿Por qué esta alegría? ¿De dónde este germinar? ¿Nos alegramos tan sólo de los verdes árboles, de los pétalos que se abren, de las flores que despiden fragancia? De ninguna manera. Nuestra alegría es una alegría que contesta a la cuerda del arpa. Significa que nos alegramos de la vida que resurge y que triunfa de su muerte invernal, ya que, *en el fondo, también nosotros estamos afinados para la vida y no para la muerte*. La vida de la Naturaleza resucitada encuentra en nosotros tan fuerte resonancia porque desde la primera Pascua sabemos que un día también nosotros vamos a levantarnos de las tumbas del cementerio para una vida nueva, que es vida de resucitados.

Cuando en la primavera todo el mundo se viste de colorido, como una inmensa cesta de flores, late el corazón humano con ímpetu vigoroso; en medio de este derroche de luces, de colores y de perfumes, arde en él el deseo ansioso de la Gran Primavera, que ha de venir un día, o en que ha de resucitar a una vida inmortal lo que está pudriéndose en las tumbas. De todos nosotros se apodera el dolor del perecer; pero el hombre es capaz de cantar, aun frente a la muerte; las palabras del salmo XXXVIII.

Deseo misterioso y secreto del hombre que busca la felicidad es que al invierno frío de la tumba le siga una primavera rebosante de vida; pero que este deseo no es vano, sino que un día se trocará en la más sublime realidad, lo sabemos por *las arras que nos dio Cristo, por su tumba resplandeciente y vacía*. Con la tumba se oscurece la vida. ¡Y es tan desolador y terrible estar a oscuras! Pero así como el primer rayo del sol que se levanta ahuyenta la noche oscura, así el primer resplandor de la aurora que cae sobre el sepulcro glorioso de Cristo nos quita de encima el peso agobiador del fenecer y de la muerte definitiva.

Lo que significa para nosotros el sepulcro glorioso de Jesucristo solamente puede entenderlo quien tiene un sepulcro amado que guarda los restos de un esposo amante, de una madre cuidadosa, de un hijo queridísimo, y cuya oscuridad no se puede rasgar a no ser por medio de esta luz viva y refulgente de confianza que irradia del sepulcro pascual, que es un triunfo sobre la muerte.

La muerte no es la última palabra en la Naturaleza. *Así como al otoño —que sepulta— sigue la primavera —que germina—, de*



*un modo análogo el descanso del sepulcro se resuelve en el despertar de la vida eterna.*

La muerte, para nosotros, no es otra cosa que un cambio de forma, mas no la aniquilación de la vida. No digamos de los seres queridos que «han muerto», sino que «nos han dejado». La vida es fuerza, y la fuerza puede obrar no solamente en una forma, es decir, atada al cuerpo material; también desarrollará aún más todas sus capacidades en la forma glorificada que le espera después de abandonar la materia. Sólo puede morir aquello que no vive por sí, sino que es vivificado por otro; sólo puede morir la materia, el ropaje del alma.

Y el consuelo más grande que nos viene de Cristo resucitado consiste precisamente en esto: el que resucitó de entre los muertos nos asegura que nuestro cuerpo, sembrado en el fondo de la tumba, germinará nuevamente y brotará para la vida eterna, como brota la simiente depositada en el surco y empieza a crecer con vigor y lozanía.

El hombre que en Cristo ha muerto al pecado, y con la gracia de Cristo ha resucitado para una vida nueva más pura y bella ya en este mundo, no es tan sólo un microcosmos, sino es también un *microteos*, que lleva en sí al Dios sublime.

De este conmovedor hecho pascual, de la resurrección de Jesucristo, brota la más consoladora enseñanza del cristianismo respecto de nuestra futura resurrección.

Dios ama al alma humana; la ama por los grandes valores que ella encierra. ¿Y podrá morir el que Dios considera digno de su amor?

Nunca sentimos de un modo tan abrumador como al confesar nuestra fe en Cristo resucitado, que en esta tierra viven dos clases de hombres, una junto a otra, completamente distintas en sus planes, en sus deseos, en su fin último, y, con todo, están unidas entre sí y mutuamente se necesitan. Los que creen en la resurrección de Cristo, y, por ende, también en la propia resurrección, y los que no creen ni en la primera ni en la segunda.

Dos clases de hombres.

Igual es nuestro vestido, igual nuestra comida, pagamos el tributo del mismo modo, estamos enfermos así los unos como los

otros y morimos también sin distinción. Y, no obstante, hay una diferencia inmensa entre nosotros. Los que creemos en la resurrección de Cristo y en la propia resurrección peregrinamos por los caminos de la vida terrena con el corazón pendiente de la patria eterna, con los ojos clavados en la vida inmortal. Mientras que los otros... conocen y buscan únicamente esta vida terrena.

Hermanos: todos nosotros, los que encorvados caminamos por el calvario de esta vida, miremos al Cristo resucitado, de cuyos ojos irradia la vida triunfante.

Hermanos míos, los que veis ante vuestros ojos la negrura y el triste silencio del sepulcro, mirad a nuestro Hermano resucitado, a Cristo, que se levanta glorioso.

Hermanos míos, los que sentís brotar en vuestra alma el deseo de la vida eterna, de la inmortalidad resplandeciente; procurad que el deseo de la eterna felicidad se trueque de veras en realidad dichosa.

¿Cómo, de qué manera podemos asegurárnoslo? Viviendo según el espíritu ya en este cuerpo terreno; coadyuvando ya ahora a la gracia para que triunfen los imperativos del alma sobre los deseos del cuerpo; abriendo con voluntad abnegada un camino recto que nos salve del pantano turbio; adquiriendo fuerzas que contrarresten a las que nos arrastran hacia el fango.

Vivir según el espíritu significa vivir según el pensamiento de Dios: vivir en comunión con Dios. El espíritu tiene valor inmenso si vibra con la fuerza de Dios, con el amor de Dios.

En lo exterior quizá no se advierta. Somos como el micrófono. Si tiene corriente, esparce el sonido por el ancho mundo. Si la corriente se interrumpe, no es más que un trozo de materia muerta, sin vida, inútil, que para nada sirve. Y, sin embargo, por fuera no se nota el cambio; todo es igual que antes; lo único que falta es la corriente del interior, eso que no se ve y que, al faltar, trueca el micrófono en algo inútil. Lo mismo sucede al hombre que cortó la corriente vivificadora que le une a Dios. Este hombre no sabe levantarse sobre sí mismo; no sabe salir de lo material.

La vida divina no puede morir. Recoge, pues, en ti esta vida inmortal. Tal es la moraleja del sepulcro pascual.

¿Qué se deriva, pues, de la resurrección de Cristo?

Nos lo dice el Apóstol (Rom 6, 4):

He de empezar una vida nueva. ¿Qué significa esto? Significa que he de vivir de Dios. He de vivir en este mundo sin tener olor a tierra. He de vivir en el mundo pecador sin ser pecador yo también. Así como Cristo permaneció puro en medio de los pecadores. A ratos me siento tan abandonado, tan desamparado. Y, no obstante, no he de desesperarme. He de sentir que el Padre celestial está conmigo. Como lo sintió Cristo.

¡Algunas veces los hombres son tan insoportables, tan ingratos!... ¡Y, no obstante, he de ser paciente y manso! Algunas veces, la vida me sacude, me azota, me corona de espinas y me carga la cruz sobre los hombros... ¡Y he de llevar la cruz con espíritu de victoria, como lo hizo Cristo! Así quiere Jesús resucitado levantarnos sobre nosotros mismos a las alturas de una vida divina.

¿Quieres resucitar a la felicidad de la vida eterna? Sé, pues, bueno ya en la vida presente. De una vida vacía, miserable, sucia, no saldrá nunca vida eterna dichosa; así como de un nido vacío no pueden salir polluelos ni del grano vacío brota el esbelto roble.

El que siente en su espíritu el soplo vivificador de la eternidad, que sale del sepulcro vacío de Jesucristo, coloca ya el eje de esta vida terrenal en los quicios de la eternidad; obra ya, traza planes, lucha, goza, quiere, piensa, se alegra y sufre en esta vida terrena según el pensamiento de la eternidad. Este tal tendrá ya en esta vida un prelude de la dichosa inmortalidad.

Y en esta fe santa no sólo despuntan los brotes pascuales, sino que hay su pleno florecer y la madurez de sus frutos. Desde que existe la tierra hay primavera; pero no siempre el despertar de la primavera ha inspirado al hombre esperanzas inmortales. Hubo poetas, cánticos, mitos, leyendas; pero nadie ni nada hizo brillar las esperanzas de la vida eterna.

Sólo pudo hacerlo Cristo resucitado.

¡Oh sepulcro santo; oh sepulcro vacío de Pascua; oh Cristo triunfante, resucitado! Contra la ley férrea del fenecer, únicamente Tú eres nuestro aliento, únicamente Tú puedes poner esperanzas de vida eterna en las coronas que se marchitan sobre nuestro ataúd!

Este sepulcro triunfal me habla, me conforta, me alienta, me consuela: «Hermano mío que sufres, que luchas, no te desalientes, no te desesperes. Hoy brilla con luz de victoria el sepulcro de Cristo; mas para llegar a la victoria sobre la muerte fue necesario pasar por las estaciones ensangrentadas del Gólgota. Hoy está lleno de sol el amanecer, pero ¡cuán oscura y sin estrellas fue la noche del Viernes Santo! Es hermoso el brillante arco iris; pero, propiamente; no es otra cosa que la refracción del rayo de sol a través de las lágrimas. Es perfumada la florida rosa, pero no se despliega sino entre espinas. La frente del vencedor se ciñe con corona, pero únicamente después de una lid varonilmente sostenida. Únicamente podrá vencer con Jesucristo triunfador aquel que no se arredró de acompañarle por el Calvario.»

Todo el mundo celebra la Pascua. Aun aquellos que no creen en la resurrección de Cristo celebran la resurrección de la Naturaleza muerta, la victoria del sol primaveral sobre la noche larga del invierno. ¡Ah, pero qué distancia, como del cielo a la tierra, hay entre estas dos maneras de celebrar la Pascua! Aquellos desgraciados se contentan con la alegría de los capullos que salen con la primavera, y, sin embargo, en la sinfonía primaveral de esta vida se perciben acordes que matan toda alegría, los acordes del marchitarse otoñal.

Pero nosotros celebramos en Jesucristo resucitado la victoria definitiva de la Vida sobre la Muerte, el triunfo de la Vida que nunca pasa.

¿Qué nos dice Cristo resucitado?

Piensa durante tu vida en la muerte, y será buena tu vida, y al morir, piensa en la vida eterna, y será buena tu muerte.

¡Pascua! Regocijémonos de la nueva y exuberante vida de la gran Naturaleza; regocijémonos también del caliente rayo de sol que despierta los brotes; mas el gran rejuvenecimiento de la Naturaleza no ha de ser sino acompañamiento de órgano en nuestro cántico triunfal, cuyo contenido aleluyático y cuya realidad santa han de inspirarse en la promesa del Cristo resucitado, quien nos dice que también nosotros resucitaremos.

Cristo ha resucitado en este día..., ¡aleluya!, para que el hombre se regocije, ¡aleluya! He ahí la verdadera alegría, el

verdadero germinar, la verdadera primavera en que se mece la palma de la vida eterna.

Hermanos que me escucháis, en este sentido, os deseo a todos unas fiestas de Pascua felices, vivificadoras, colmadas de bendiciones.

## II

### LA CRUZ VICTORIOSA

Hace mil novecientos años que el Viernes Santo es día de luto conmovedor; nos recuerda la muerte de Cristo en el árbol de la cruz.

Hace mil novecientos años que la Pascua es día de victoria; nos recuerda la resurrección triunfal del Cristo crucificado.

Pero este año, el luto de ayer fue conmovedor de un modo especial, y el gozo de mañana será peculiarmente triunfal, porque hoy celebra el mundo cristiano el XIX centenario del primer Viernes Santo y de la primera Pascua; por tanto, de aquellos sublimes ideales que los labios humanos apenas si aciertan a expresar, y que solemos llamar con esta sola palabra: «Cristianismo». Hoy celebramos el XIX centenario del triunfo de la cruz.

¡Mil novecientos años! Apenas si se atreve a pronunciarlo el hombre mortal, que parece flor de un día.

¡Cuántas cosas ha visto el mundo, cuántas cosas sucedieron a la Humanidad durante estas diecinueve centurias! ¡Cuántas luchas y guerras, cuántos esfuerzos, cuántos ascensos y caídas, cuánto buscar a tientas el camino en la oscuridad, cuánto amor y cuánto odio, cuánta virtud y cuánto pecado, llenan los marcos inmensos de estos diecinueve siglos!

Se levantaron y extinguieron naciones; brillaron y perecieron dinastías; grandes genios fulguraron y desaparecieron cual cometas; millares de sistemas filosóficos, económicos, científicos y artísticos han ido remolineando por el firmamento de la historia del espíritu y pasaron sin dejar rastro siquiera... Pero por encima de todo parecer y de todo cambio, desafiando todos los odios y todas las persecuciones sangrientas, ahí está enhiesta la cruz, victoriosa y triunfal.

SAN AGUSTÍN no tenía delante de sus ojos más que la historia triunfal de cuatro siglos cuando escribió aquellas memora-

bles palabras: «*Stat crux, dum volvitur orbis.*» «Está firme la cruz, mientras el mundo da vueltas.» El mundo es juguete de los más furiosos oleajes, mientras sigue inmovible la cruz de Jesucristo. Con cuánta mayor razón podemos decirlo nosotros después de meditar —siquiera unos momentos— sobre las luchas sangrientas en que la cruz de Cristo consiguió siempre la más gloriosa victoria durante estos mil novecientos años.

I. *Cómo venció la cruz.* II. *Por qué venció la cruz.* Son dos cuestiones que vamos a meditar en esta hora solemne.

I

## ¿CÓMO VENCIO LA CRUZ?

En cierta ocasión se dirigió Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos: «En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y os entristeceréis, mientras el mundo se regocijará; os afligiréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría» (Jn 16, 20).

A) La lucha incesante de estos mil novecientos años que pasaron atestigua la realización permanente de las palabras proféticas de Cristo: «Vosotros lloraréis y os entristeceréis.»

a) Se cuentan por millones los mártires de los tres primeros siglos; los mártires de la Iglesia de las catacumbas.

No nos importa el fallar ahora sobre la cuestión respecto de las conjeturas de si hubo sólo un millón o si hubo once millones de mártires cristianos. La historia, sin duda, se alegraría de poder anotar entre sus datos el número exacto de los mártires; pero a nosotros nos basta conocer el martirio de un Ignacio, de una Inés, Cecilia o Lucía. Porque cualquiera que sea la opinión de la crítica respecto de la credibilidad de ciertos casos singulares, el hecho en sí, la lucha heroica de la joven comunidad cristiana y, más que nada, su victoria definitiva sobre la sociedad pagana, ya milenaria, será siempre un acontecimiento cumbre de la historia.

Y, sin embargo, las actas de los mártires, que resisten la crítica más severa, son legión. El mismo TÁCITO, que juzga cosa baladí los cuatro mil hombres asesinados por interés del Estado, habla de una «ingente multitud» ( «*ingens multitudo*) (*Annales* 15,



44) de mártires cristianos perseguidos («*propter periclitantium numerum*»). Clemente Romano menciona también (I, 6) «el gran número de los elegidos». Y Eusebio habla directamente de «mártires innumerables» («*innumerabiles prope martyres*» (Hist. Ecl. 5, 1).

También durante la persecución de Decio sucumbió gloriosamente «una multitud innumerable de mártires» («*martyrum innumerabilis populus*») (S. Cipriano: *De Mortal*); y bajo Valeriano, «gran parte del pueblo» («*multiplex plebis portio*») (S. Cipriano *Ep.* 76).

En tiempos de Marco Aurelio no fueron suficientes los jueces ordinarios para tomar declaración a los cristianos. Y así iban las cosas durante tres centurias.

¡Qué podían esperar de aquellos Césares de Roma los indefensos cristianos, si los más comprensivos y moderados, pongamos como ejemplo al emperador Tito, «*amor et deliciae generis humani*» («amor y delicia del género humano»), eran capaces de hacer descuartizar en sólo dos días cinco mil hombres! «Imposible es referir —escribió Eusebio respecto de las persecuciones de Diocleciano— cuántos mártires cristianos hubo en los diferentes lugares y ciudades» (*Hist. Ecl.* 8, 2, 4).

No nos fijemos ahora en la grandeza de los sufrimientos. Ni vayamos a indagar si la ingeniosidad humana hubiera podido inventar suplicios mucho más atroces. Ni dejemos de considerar el hecho asombroso de que entre los tormentos casi infernales, en las hogueras ardientes, entre las espadas, bajo la cuchilla, sumergidos en aceite hirviendo o puestos en plomo derretido, apretados los miembros por tenazas candentes o bajo los zarpazos de los leones y las mordeduras de los tigres; es decir, según escribe LACTANCIO (*Inst.* 5, 13), en medio de unos tormentos que «no podían resistir ni siquiera los malhechores y hombres robustos», se mantenían firmes en su fe..., no sólo los hombres, sino las mujeres y hasta los niños y los ancianos.

¡Aquella Felicidad, aquella Inés de trece primaveras, aquel Policarpo de ochenta y seis años y aquel Potino, que pasaba de los noventa! Basta hacer constar sencillamente este hecho: apóstatas y renegados había muy pocos; pero abundaban prodigiosamente los que repetían con Santa Inés: «Señor mío, te conservo mi fe.

Señor mío, me consagro a Ti. ¡Tú, omnipotente; Tú, adorable; Tú, digno de todo respeto: yo bendigo tu santo nombre!» «*Omnipotens, adorande, colende, tremencle, benedico te et glorifico nomen tuum in aeternum*» (*Offic. S. Agn.*).

Los mismos paganos tuvieron que prescindir de la realidad y contentarse con guardar las apariencias. A viva fuerza arrastraban a los cristianos y los llevaban frente a la estatua del emperador para soltarlos después, diciendo públicamente que habían sacrificado. Pero los cristianos protestaban con gran vehemencia: «No lo creáis; no hemos sacrificado» (EUSEBIO: *Hist. Ecl.* 8, 3).

Si admiramos a Sócrates por haber bebido la ponzoña a causa de sus doctrinas; si miramos con respeto a Régulo por el hecho de volver a Cartago, donde le esperaba la muerte segura después del fracaso de las negociaciones de paz; si nos espanta la fuerza de voluntad de Mucio Scévola, al poner la mano en el fuego; si nos llena de asombro la tranquilidad de Epicteto al sufrir los suplicios inhumanos que le infiere su señor..., ¿no sentiremos admiración crecida ante los mártires cristianos?

Expuestos a la violencia brutal de emperadores inmorales y de empleados corrompidos, tantos y tantos cristianos abrazaron la muerte inmovibles en su fe, con la serenidad de la convicción más firme y con inmensa alegría en medio de los tormentos más refinados de cuerpo y alma... Es una de las pruebas perennes y de las más brillantes de la fuerza divina de la cruz, que vence al mundo.

Tiene razón SAN CIPRIANO al escribir: «No somos filósofos de palabra, sino de obra; no llevamos la toga de la sabiduría, mas ejercemos la sabiduría; no decimos grandes cosas, pero vivimos según grandes ideales.»

b) Después cambiaron los tiempos y cambiaron las circunstancias, pero *no cambió ni desapareció la valentía de los mártires en despreciar la muerte; no cambió su santa abnegación ni su profundo amor a Cristo.*

Tal era el espíritu que animaba a los Padres del Concilio Niceno, entre los cuales había muchos tullidos y mutilados, que dieron allí nuevo testimonio de la cruz, por la que ya habían sufrido.

Lo describe de un modo emocionante Teodoreto, historiador del siglo V (*Hist. Ecl.* 1, 6). Allí se encontraba Jacobo, obispo de Nisibe, que había resucitado muertos; Pablo, obispo de Cesárea, que fue torturado con hierros candentes y que no podía mover las manos. Otros eran ciegos, que perdieron los ojos por amor a Cristo. Bien sabían lo que era sufrir, mas no titubearon ni un momento en acudir y confesar su fe.

La valentía de los mártires alentaba en el corazón de San Ambrosio, que delante de la actual *Chiesa di San Ambrogio*, de Milán, se atrevió a detener con su mirada fulminante a Teodosio, que pretendía entrar en el santo templo después de haber derramado sangre inocente y sin haber hecho penitencia por su pecado. «¿Cómo te atreves a entrar en la casa de Dios —le dijo San Ambrosio— cuando tus manos están teñidas aún con la sangre de los inocentes?»

La valentía de los mártires alentaba en el alma del Papa León Magno, en cuyas manos estaba la vida y existencia de Roma, cuando él, la mansedumbre personificada, se encaró con «el azote de Dios», cuyo solo nombre bastaba para hacer temblar a medio mundo.

La abnegación de los mártires alentaba en el corazón de Hermenegildo, que en el siglo VI, el día de Pascua precisamente, fue martirizado por orden de su padre, Leovigildo, rey visigodo de España, por la sola razón de no haber querido abjurar de la religión católica, haciéndose arriano.

Y mil años más tarde alentaba igual espíritu en el corazón de un joven de dotes extraordinarias y de noble alcurnia, que buscaba apagar su ardiente sed de ciencia en la Universidad de París. Un compatriota suyo, noble español, más viejo que él, estudiaba también en la misma ciudad. Aquel joven habla con entusiasmo de sus planes, de su porvenir; el otro contesta, al parecer, con cierta indiferencia: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si, al fin, pierde su alma?» La escena se repitió una y muchas veces; hasta que un día se iluminó también el alma del ambicioso joven; abandona París y se marcha a predicar a las gentes: «¡Salvad vuestras almas!» Los dos nobles españoles son hoy conocidos por el mundo entero bajo estos nombres: San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola.

Y cuando la Revolución francesa sometió a plebiscito el gran problema de la existencia de Dios ¿no fue el mismo desprecio de la muerte que habían sentido los antiguos mártires el que incendió con una llamarada el alma valiente de una viejecita, ya encorvada, que en medio de las turbas frenéticas fue la única que entonces tuvo valor para levantar sus manos arrugadas y proclamar su fe delante de todo el mundo: *Pour Dieu! Pour Dieu!...*?

Y así fue siempre en el correr de las centurias. La cruz de Cristo siempre ha tenido sus mártires, que, cuando fue necesario, demostraron con el sacrificio de la propia vida, posición o fortuna, su amor al divino Maestro, que les había dicho: *Si me persiguen a Mí, también os perseguirán a vosotros.*

B) Mas ¿qué pasa con la segunda parte de la profecía: «*Os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría*»? Abramos nuevamente las páginas de la historia, y veremos que ellas dan un testimonio admirable, no solamente de la persecución desencadenada contra la cruz, sino también de la Providencia divina, que veló por ella.

a) Cuando las legiones de Vespasiano acampaban bajo los muros de Jerusalén corrió entre los soldados el rumor de que en la guerra civil habían sido incendiados el templo de Júpiter Capitolino y el de Minerva. Ocho meses más tarde, el día 10 de agosto, un soldado romano incendió el templo de Jerusalén. De este modo, las mismas legiones del Imperio fueron destruyendo los antiguos santuarios para hacer sitio a uno nuevo, en que una generación nueva «adoro al Señor en espíritu y verdad».

Con la propagación del cristianismo empieza también la lucha del paganismo, que se defiende con tesón. La victoria de la cruz sobre el águila romana —si queremos explicarla con criterio meramente humano— será siempre un misterio insoluble de la historia.

Ahí está el ejemplo de Pancracio, el niño mártir. Su madre, Lucía, no tiene más que una preocupación. ¿Confesará la fe su hijo queridísimo con el mismo denuedo que su padre, mártir? El niño, con el alma abrasada, se recoge en el regazo de su madre. ¿En qué estará soñando? No; él no divisa la brillante basílica que junto

a Roma llevará su nombre y mil seiscientos años más tarde será visitada por gran multitud de peregrinos. No puede ver el precioso relicario de plata en que el Papa Honorio I colocará sus cenizas. No sospecha siquiera que su nombre, para siempre, será leído con admiración en todos los martirologios, y que su figura, orlada de aureola, brillará en los altares. El no conoce más que un ideal: «*¡Ofrendar su vida, si es necesario, por Jesucristo!*»

¿Es maravilla, pues, si el paganismo no pudo cantar victoria sobre tal fuerza y decisión heroicas? Todos sus esfuerzos resultaron vanos. Se tildó de ateísmo el culto de un Dios que es espíritu; se tachó de «banquete de Tiestes» la santa Comunión, y se llamó conspiración contra el Estado a la simple reunión de los cristianos. Pero en vano. Luciano habría podido escribir en su libro *De morte peregrini Portei*, en que hacía befa del cristianismo, este título: «*De morte paganismi*». «De la muerte del paganismo».

Adriano manda colocar en el Calvario la estatua de Venus y en el sepulcro del Redentor la estatua de Júpiter; Severo prohíbe que haya cristianos «*iudaeos fieri vetuit, ídem etiam de christianis sanxit*»; «prohibió que hubiese judíos, y lo mismo decretó respecto de los cristianos».

Diocleciano, después de la horrenda persecución, hace acuñar una medalla con este orgulloso y famoso ablativo absoluto: «*Nomine christianorum deleta*», «en memoria de la destrucción del nombre cristiano»... y, sin embargo, hoy día, millones de fieles de aquel «cristianismo ya destruido» besan con piedad el pie de la estatua de San Pedro, que el Papa San León Magno hizo fundir de la estatua de Júpiter Capitolino.

b) ¿Sospecharía Maximiano que en el lugar de su palacio, allí mismo donde él preparó una de las persecuciones más sangrientas, se erguiría un día la Basílica de Letrán, con esta inscripción en su fachada: «Cabeza y madre de todas las Iglesias», y que en el lugar donde se hallaba su trono se levantaría el solio de una dinastía que no se extinguiría jamás?

¿Podía Santa Inés imaginarse que el antro de pecado donde ella fue arrastrada a viva fuerza se transformaría, gracias a su mirada virginal, en templo, y que en el mismo lugar de las antiguas ignominias se levantaría una de las iglesias más hermosas de Roma, la de Santa Inés, en la Piazza Navona?

¿No tuvo, pues, razón PRUDENCIO al escribir con entusiasmo los siguientes versos:

Cui posse soli Cunctipotens dedit  
Castum vel ipsum reddere fornicem?

Y los cristianos, que, condenados a duro trabajo, con Ciriaco a su cabeza, sudaban día tras día, ¿podían sospechar que parte del grandioso edificio que estaban levantando sería templo consagrado al culto del verdadero Dios, bajo la advocación de San Ciriaco, y que el pequeño oratorio terminaría por unirse con el templo magnífico y de fama mundial Santa María degli Angeli? Y, sin embargo..., todo, todo sucedió según cantaban los cristianos de las catacumbas: «Esos enemigos míos, que me atribulan, esos mismos han flaqueado y han caído» (*Salmo 26, 2*).

Y cuando Diocleciano fue destronado y murió como pobre viejo malhumorado; cuando Galerio fue comido vivo por los gusanos y reconoció en un edicto público la injusticia de sus ataques; cuando Maximiano Hércules se estranguló a sí mismo; cuando Majencio se ahogó en el Tíber; cuando Maximino expiró entre dolores tan atroces como los que él había preparado a los cristianos; cuando Licinio cayó bajo las armas de Constantino..., *la Esposa de Cristo se mostraba triunfadora, cubierta de sangre, pero con fuerza joven, y al lanzarse al camino de sus conquistas flotaba encima de su cabeza la promesa de Cristo: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»*

Y, sin embargo, muchas veces quisieron prevalecer contra ella, aun después de las persecuciones sangrientas, que llenaron trescientos años de su historia. Cuando no con violencia, con astucia; cuando no con crueldad, con mañas; cuando no con amenazas, con promesas; cuando no bajo forma de enemigo exterior, en la de gusano que roía sus entrañas.

El sultán SALADINO mandó, en cierta ocasión, este mensaje a Roma: «Iré y transformaré en mezquita el templo de San Pedro.» Pío II le contestó: «*Fluctuat, nec mergitur*», «la nave es zarandeada por las olas, mas no se hunde». Lo dijo a base de una experiencia de mil años. Estas palabras si que podrían servir de lema, no a París, sino a la Iglesia católica.

Ahora bien: el que la Iglesia haya resistido tan innumerables ataques exteriores, el que no haya visto agotadas sus fuerzas por los muchos enemigos internos, el que la cruz siempre haya salido victoriosa de las persecuciones, ¿cómo explicarlo sino con la promesa del Fundador?

Montalembert dijo un día que cuando él sintió con más vehemencia dentro de su pecho el amor a la cruz fue precisamente al verla derribada de la torre de Saint Germain y pisoteada en el fango por las calles de París. Entonces él estrechó contra su corazón el Crucifijo vilipendiado y ofrendó su vida en su defensa.

## II

### ¿POR QUÉ VENCIO LA CRUZ?

No nos detengamos en la mera comprobación del hecho; procuremos darnos cuenta también de las causas que influyeron en asegurar la victoria de la sangrienta cruz del Calvario contra los ataques coaligados de la sociedad pagana. Destaquemos, aunque de un modo general, los valores inapreciables de las tesis morales propuestas por el cristianismo, que no solamente son ideales sublimes —los únicos dignos del hombre— en el corrompido aire moral de la sociedad romana, sino que, además, debido a su carácter de imprescindibles y perennes, garantizan el triunfo constante de la cruz.

A) *Impresiona el contraste que hay entre las puras costumbres cristianas y la inmoralidad del mundo pagano.* Viendo la degradación moral del paganismo, casi podríamos tomar la predicación de la cruz como una reacción de la naturaleza humana, si no temiésemos que tal expresión fuese interpretada erróneamente. El naciente cristianismo se encontró con unas circunstancias deplorables —desesperantes— en el campo de la moral.

a) *Una sola mirada* a la vida romana nos descubre tal degradación de costumbres, que casi las juzgaríamos incompatibles con la naturaleza humana.



Su religión ostenta el sello de las pasiones humanas. Lo que necesitaban los romanos era una Venus, diosa de la voluptuosidad; un Marte, para las guerras sangrientas, y un Mercurio, para engañar al prójimo.

Nadie se preocupaba de los dioses. Se sacaban a relucir sus flacos en el escenario para que sirviesen de diversión al público. Su morada, su mesa, sus diversiones, no hablaban sino de sibaritismo. No comían para sustentarse, sino por pura glotonería. «El romano está durante días en el circo; éste es su esperanza, su casa, su templo» —escribe Amiano Marcelino—. «El pueblo muere y ríe» —dice un antiguo y famoso orador—. Los bárbaros no fueron más que ejecutores de la sentencia de muerte que los romanos pronunciaron sobre sí mismos.

Junto a la riqueza de unos pocos era un horror la miseria de las grandes masas, el desamparo de los pobres, la indigencia de los huérfanos y viudas. Y las muchedumbres hambrientas tenían que ver las orgías refinadas del culto que los ricos tributaban al cuerpo.

Popea, esposa de Nerón, necesitaba diariamente la leche de quinientas burras para sus cosméticos. Una dama distinguida de Roma o de Pompeya lucía en sus dedos dieciséis sortijas. Sólo el dedo medio quedaba sin adorno; pero en todos los demás había sortijas. No usaban guantes; pero las uñas las llevaban pintadas en armonía con el color de su cuerpo. Se pintaban las cejas con huevo de hormigas y ungían su cabellera con grasa de oso y sangre de lechuza.

Las mujeres romanas movilizaron todo un jardín zoológico para preservar su frágil hermosura. De ellas dice Séneca que llegó casi a ser costumbre general contar su edad, no según los cónsules, sino según los maridos con quienes se casaban para poder divorciarse, y se divorciaban para poder casarse nuevamente (*De beneficiis* III, 16, 2).

b) Como no eran felices los romanos, a pesar de todas las ventajas materiales, tampoco lo era el otro pueblo de gran cultura, el griego. Los persas, los indios, los escitas, los pueblos del

Oriente, tenían una antiquísima literatura, que no hallamos en el pueblo griego.

En su misma epopeya nacional los héroes se lanzan a la guerra..., y todo por un príncipe ebrio de placer. Sus dioses y diosas, apasionados, toman parte en la guerra, y mientras Odiseo lucha bajo los muros de Troya, en su casa los más insignes del país porfían enamorados por la mano de Penélope.

Repasemos a Sófocles. ¡Qué dolor indecible habla en sus tragedias! El hado del hombre es pecar; mejor le habría sido ni siquiera nacer.

Las estatuas griegas tienen la mirada vacía. Es falta de técnica —dictamina la historia del arte—. Pero ¿no podemos ver nosotros en este detalle el símbolo de que sin ideales morales no es suficiente la más desarrollada cultura material para llenar el alma humana? Como si aquellas estatuas magníficas dijeran: ¡Qué hermoso tipo es el mío! ¡Pero me falta lo principal, los ojos, y con ellos la luz, la facultad de contemplar elevados ideales!..

B) En medio de este mundo colocó Jesucristo su doctrina sublime. Y el árbol ensangrentado de la cruz tiene vigor suficiente para hacer brotar en este ambiente podrido todo cuanto denominamos hoy «la cultura cristiana».

a) Es imposible referir ahora todo lo que debe la humanidad a la cruz, después de verse libre de la degradación pagana; es imposible resumir en unos párrafos el contenido de tomos voluminosos.

Una sola nota: allí donde en el decurso de mil novecientos años se trataba de la consolidación de la sociedad y de la felicidad del género humano; donde se trabajaba para promover el progreso espiritual y material; donde se escardaba el campo de las almas y se sembraban nuevas plantitas; donde se procuraba consolidar la vida de familia, levantar la dignidad de la mujer y salvar la vida del niño; donde se luchaba por ennoblecer el menospreciado trabajo corporal y libertar al esclavo; donde se atendía al lloriqueo de un niño expósito, al sollozo de un huérfano o a la queja de un anciano; donde se escuchaba con entrañas de piedad el profundo suspiro que exhalaban los labios de los moribundos que yacían en un lecho

de hospital; en una palabra: dondequiera que se trataba de levantar al hombre —¡caña frágil!— sobre sí mismo, librarle de las pesadas cadenas del instinto e infundir nuevo ánimo en las almas caídas, estaba siempre presente la santa cruz, para que siempre, como primera entre los primeros, y muchas veces completamente sola, mitigase el sufrimiento, levantase al caído, amparase al desvalido, irradiase fuerza, valentía, calor y luz en medio de las frías tinieblas de nuestra mezquindad e impotencia.

«La diferencia entre el mundo pagano y el cristianismo — escribe LACORDAIRE— es la misma que hay entre una sacerdotisa de Venus y una monja de San Vicente de Paúl.» Por esto triunfó; por esto hubo de triunfar sobre la oscura aridez del paganismo aquel profundo contenido moral, que se expresa con esta palabra: «Cruz».

b) «*Luz para alumbrar las naciones*», dijo el anciano Simeón, refiriéndose al Redentor; y la profecía se cumplió.

La cruz, que los enemigos de Cristo levantaron para que sirviese de ignominia, se transformó en manantial de luz y de energía, y sigue siéndolo hace ya mil novecientos años.

En los candelabros de las iglesias del medievo se ven lagartos y otros reptiles, que, espantados, al parecer, de la luz del cirio, corren hacia abajo; se trata de un profundo símbolo que indica la misión radiante, enemiga de toda oscuridad, que ha cumplido el árbol de la cruz en este mundo.

La cruz ha llegado a ser nuestro orgullo; esta cruz sirvió de talismán en la mano de nuestros guerreros; ante esta cruz pronuncian su fallo nuestros jueces; esta cruz adorna nuestros hogares; esta cruz saluda a los niños desde la pared de la escuela; es el adorno principal de la corona de los reyes; el mayor consuelo de los moribundos; la esperanza principal de quien duerme el sueño de la tumba a la sombra de un crucifijo.

La cruz fue antiguamente el mayor padrón de la ignominia, y hoy, no obstante, cuando queremos bendecir a los más amados de nuestro corazón, no sabemos hacer cosa mejor que trazar sobre ellos la señal de la santa cruz.

c) *Sin embargo, la misión de la cruz no ha terminado todavía.*

«Nunca podré creer —dijo LACORDAIRE— que Dios se haya hecho hombre, haya muerto y nos haya legado el Evangelio para que todo desembocara en el triste espectáculo que ofrece el mundo en el siglo XVIII. No; nosotros no vimos más que los comienzos; solamente en el porvenir se vera la estatua ya terminada. El trabajo es largo, porque grande es el objetivo y porque en él participan dos fuerzas en proporciones iguales: la Providencia divina y la libertad humana.»

Tenía razón el gran pensador. En nuestra sociedad se abrieron nuevamente las antiguas llagas del paganismo. Las exterioridades convencionales de la urbanidad social, despojadas de su significado más profundo, apenas son capaces ya de encubrir las úlceras de nuestra vida moral. A los hombres de este nuevo paganismo, *«cuyos entendimientos ha cegado el dios de este siglo para que no les alumbre la luz del Evangelio de la gloria de Cristo»* (2 Cor 4, 4), ¿qué otra cosa puede salvarlos para una vida plena y feliz, sino la cruz, la cruz de Jesucristo, tantas veces pisoteada, pero siempre triunfadora?

*Y este testimonio es el mejor consuelo también para el presente.* Las persecuciones no terminaron aún. Pero en un jubileo de mil novecientos años, ¿es lícito consentir que haya en nosotros siquiera la más leve huella de duda y de poca fe?

Una concepción del mundo, que ha sido capaz de resistir tantas embestidas, necesariamente ha de alimentarse de fuerzas interiores. Y si no hace mucho se pronuncio la frase más horrenda que pueden pronunciar labios humanos: *«¡Ateos del mundo, uníos!»*, en este año jubilar ha de resonar por doquier este otro lema: *« ¡Hombres, todos los que anheláis la cultura; todos los que tenéis por santo el concepto de la moral, de la decencia y del honor; todos los que creéis en Dios Creador del mundo y Padre nuestro, uníos a la sombra vivificadora de la cruz victoriosa!»*

El sublime jubileo que celebramos debe pregonar a la faz del mundo nuestra fe. Decirle que es nuestra firme convicción que esa cruz, que ha soportado ya tantos vendavales, *se sostendrá inmovible, y mientras pasan los siglos, se derrumban los tronos y perecen las naciones, ella irá por caminos de triunfo hacia los nuevos jubileos milenarios y hasta llegar a la consumación de los*

*tiempos, para conducir a la pobre humanidad hacia alturas sobrenaturales, hacia Dios, hacia la felicidad.*

*«Stat Crux, dum volvitur orbis!» «Permanece la Cruz, mientras el mundo da vueltas». Pasarán el cielo y la tierra, pero nunca pasarán las doctrinas y las instituciones de Jesucristo. Mientras haya un hombre, la tierra siempre podrá contemplar, fulgurante de luz, la señal victoriosa de Jesucristo: ¡la cruz triunfadora!...*

### III

## LA CRUZ DE CRISTO Y LA CRUZ DEL HOMBRE

Precisamente cuando el hombre sufre bajo la cruz (sufrimiento, pobreza...) es cuando más consoladora se muestra a sus ojos la cruz del Hombre-Dios que por amor a nosotros se sacrifica.

No hay tema que interese más a los hombres que éste, ya que todos o casi todos han sentido alguna vez la desgracia y el dolor.

El sufrimiento es compañero inseparable del hombre que peregrina por este «valle de lágrimas»; misterio tremendo para el entendimiento y piedra de toque para el alma religiosa.

Con el sufrimiento no se puede jugar frívolamente. Es una cosa dura, grave, amarga; y muchas veces es una prueba, al parecer, sin objetivo, inaguantable; y sin embargo, la admirable sabiduría de la Escritura consigna: «*Quien no ha sido tentado, ¿qué es lo que puede saber?*» (Eclesiástico 34, 9).

Quien no ha sufrido, no entiende cómo se puede encontrar en el camino pedregoso del sufrimiento nuestro mejor «yo», a quien olvidamos por la avenida serena del bienestar.

El que no ha sufrido, no puede comprender los males ajenos; difícilmente saldrá de su egoísmo y pequeñez de espíritu y será lo suficientemente sensible para compadecerse de los sufrimientos de los demás y estar abierto al perdón.

Quien no ha sufrido, no sabe cómo se puede, mediante el sufrimiento, limpiar sus pecados, expiar su culpa, reparar el tiempo perdido. Porque, en verdad, es así: el sufrimiento soportado con entereza nos hace más valerosos, el ser postergado nos hace más dúctiles, la humillación nos levanta; en una palabra, el sufrimiento soportado con la cruz de Cristo nos hace madurar espiritualmente.

¡Pero con la cruz de Cristo!

Nada puede hacer tan grande al hombre como un gran dolor, con tal de que se soporte con el espíritu de Cristo.

Porque hay quienes se obstinan y desesperan en el sufrimiento... Estos no sufren con el espíritu de Cristo.

Otros se vuelven más groseros e inhumanos en la tribulación. Los hay también que, bajo el peso del dolor, se transforman en estatuas heladas, en muertos vivientes... Tampoco éstos sufren con el espíritu de Cristo.

Finalmente, hay hombres cuya alma se hace más delicada y fina, más profunda, más suave y más vigorosa en el sufrimiento: son los que en los trances dolorosos tienen por maestro a Cristo, Rey de dolores.

Todos hemos de sufrir, porque esto va anejo a nuestra condición humana. Procuremos, pues, aprender esta sabiduría admirable: *¿cómo hemos de sufrir según las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo?*

I

¿Qué fuerzas adquiero si en los días aciagos, bajo las desgracias que me abruman, pienso que Cristo ha trillado el mismo camino que yo he de pisar?

Se cuenta que en la primavera, cuando florece la vid, también el vino empieza a moverse, se pone a fermentar, viene a sentir en cierto modo la floración de la vid, de la cual procede. ¿Cómo decirlo? Hay «simpatía» entre el vino y la vid. Simpatía significa «tener los mismos sentimientos».

Dícese también que cuando un desatado huracán azota el gran océano, al mismo tiempo empieza a rizarse la superficie lisa de los mansos y tranquilos lagos, sitios entre las abruptas montañas; éstos sienten en cierto modo las luchas del mar inmenso, ya que de él proceden: Hay simpatía entre el lago y el mar.

Así también hay simpatía entre «la cruz de Cristo y la cruz del hombre». Esto significa que he de mirar con alma compasiva los padecimientos de Cristo en su Pasión... Con simpatía, porque su alma y la mía son hermanas. Entonces tendré los mismos



sentimientos que Él; y este saber sufrir con Cristo mitigará y apaciguará mis propias pruebas, aliviará las desgracias que me abruman, iluminará con suave luz la noche más oscura, hasta el mismo pensamiento espantoso del perecer, de la muerte. Pero... si soy capaz de sentir simpatía por Cristo, es decir, si sé sufrir con Él.

Hermano, que sientes la dureza de la vida y ya empiezas a rendirte y estás a punto de decir: hasta aquí y ni un paso más, ya no tengo fuerzas; hermano atribulado, aprende el gran arte de vivir: vive todo esto unido a los sufrimientos de Cristo. Y cuando ya parezca que no puedes más, coge... no un revólver para suicidarte, sino un pequeño crucifijo, colócalo delante de ti, y cuando te envuelva la terrible noche, cuando sufras, piensa lo que sufrió el Señor, lo que El tuvo que padecer.

¡Cómo conforta el pensar: El Señor sufrió mucho más!

Por las orillas del Rhin un sacerdote alemán se encontró con una viejecita. «¿Cómo le van las cosas, viejecita?» —le preguntó. Ella le contestó: «Mal, muy mal. Mi casa fue destruida por un incendio, mis hijos están en América, la pobreza es muy dura...» El sacerdote quiso decirle algunas palabras de consuelo, pero la viejecita, sonriendo suavemente, continuó hablando: «Nuestro Señor Jesucristo ha estado durante toda su vida sin tener casa, y yo no he llegado aún a tanto; El tuvo que andar con los pies descalzos; yo todavía no. El tuvo que llevar una corona de espigas, y yo no...» No dijo más la mujer, pero ¡qué gran fortaleza de espíritu demuestra el que así sabe llevar la cruz! La cruz de Cristo es realmente el mayor consuelo de la humanidad afligida.

La vida muchas veces es terrible y cruel. A cada paso escuchamos el relato de tragedias nunca imaginadas..., pero acaecidas. *Mas si me agarro a la cruz de Cristo, triunfaré en la vida.* No podré evitar la enfermedad, no podré deshacerme de un matrimonio desgraciado; el esposo rudo no cambiará, la mujer frívola no se hará prudente, el hijo pródigo no cambiará de rumbo, la lucha diaria con la pobreza *no desaparecerá, pero se podrá soportar con el gran consuelo de padecer con Cristo.*

Cristo escogió una vida llena de sufrimientos para podernos decir: «*Atended y considerad si hay dolor igual al mío* » (Lament. 1, 12). Lo que tú has de sufrir ahora Yo lo he sufrido antes, he sufrido más y lo he sufrido por ti ¿Eres pobre? Yo escogí la pobreza.

¿Ofenden tu honor? Pues ¿que hicieron conmigo? Bien sabes cómo fui abofeteado y con qué escarnio fui presentado a Herodes. Mírame en la cruz. Allí fui abandonado de todos, hasta del mismo cielo. ¿Lloras? Mezcla tus lágrimas con las mías, y perderán su amargura. ¿Es pesada tu cruz? Cárgala un poco sobre mis hombros...; los dos la llevaremos más fácilmente. ¿Te punzan las espinas de la vida? Mira las que llevo Yo en mi frente ensangrentada.

«¡Pero algunas veces los caminos por donde el Señor nos guía son demasiado difíciles, demasiado pedregosos, llenos de espinas!», podrá decir alguno. ¡Oh!, sí, hermano, ¿quién podrá negarlo? Pero ¿son imposibles? No. Lo son tan sólo para quien no tiene fe. Si tengo fe y creo que todos los hilos de mi vida están en las manos de Dios; si tengo fe y creo que hay Alguien que no se olvida de mi, aun cuando todos me abandonen; que me ama cuando ya nadie me ama; que vigila cuando todos duermen..., triunfaré a pesar de todo en la vida.

Si en los trances de dolor me acojo al Cristo dolorido, la vida seguirá siendo un «valle de lágrimas», pero mi alma no caerá en el abatimiento ni en la desesperación. Seguiré quejándome, pero mis quejas serán oraciones, un rezo sublime. Seguiré sufriendo, pero no me desesperaré, y bien es sabido que «no es el dolor lo que mata, sino la desesperación; y no es la fuerza la que da vida, sino la fe».

## II

Con lo dicho acabamos de dar respuesta a una objeción que pueden presentar los hombres superficiales: *¿le es lícito a un cristiano verdadero el quejarse?*, ¿le es permitido huir de la enfermedad, de la muerte?

Voy a contestar sin ambages ni rodeos. Sabemos que la naturaleza humana teme el dolor, sabemos que quisiera huir de los sufrimientos y de la muerte.

¡Muerte! ¡Perecer! Este pensamiento abrumba a todos los hombres, aun al más favorecido de la fortuna, aquel que no siente acaso ningún otro pesar en su vida (si es que existe tal hombre en el mundo). ¿Quién no ha sentido el soplo amargo del perecer? Un

día u otro vislumbramos con claridad espantosa lo efímero que es el mundo...

Podemos resumir en tres palabras la historia del hombre. La tuya como la mía. «Nacemos, sufrimos, morimos.» Unos siglos vienen y otros siglos pasan; hay hombres que nacen y hombres que mueren; se levantan ciudades y desaparecen otras; brillan y caen dinastías de reyes...: todo, todo se encamina hacia el perecer... Hubo un día en que yo también entré en el mundo, con un grito en mis labios..., y vendrá otro día en que con un grito saldré de esta vida.

¡Qué cosa más aterradora, si...; si aquí se acabara todo, si la vida no fuera más que esto! Sabemos que no sucede así; y con todo, nos da escalofríos el pensamiento de la muerte. Y no debemos escandalizarnos como fariseos. Es el mismo Dios quien plantó en nosotros el amor de la vida.

Hubo un periodista en Berlín que, con aire de sorpresa, dio cuenta de las impresiones recibidas en Lourdes. Escribía lo que vio en Lourdes, con asombro, como si fuera algo incomprensible: hombres devotos y fervientes van en peregrinación al santuario de fama mundial; pero, por muy creyentes que sean, no dejan de pedir su curación, un plazo más para la vida. Y pregunta el periodista: ¿No es este hecho una incoherencia?...

¡Oh, tú, que sales con tal pregunta!, ¿no has estado aún gravemente enfermo? ¿Nunca has pasado una noche sin dormir con una fiebre de treinta y nueve o cuarenta grados? Quisieras dormir, llegas a conciliar el sueño... por espacio de cinco minutos...; te despiertas..., tus dos brazos inquietos no paran de moverse sobre las sábanas..., miras el reloj: ¡las doce y media! ¡Oh, cuánto falta todavía para que amanezca!... Dime, ¿no has estado nunca enfermo? Porque si has estado, entonces no te sorprenderá que en tal caso el hombre se aferre a cualquier brizna de paja que pueda traerle alivio y... y no por esto tiene que renegar de su fe católica. El mismo Señor Jesucristo dijo en medio de su gran dolor: «*Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz.*» ¿Y tú quieres que el buen cristiano no sienta el dolor? ¿Quieres que el que cree en la eternidad no sienta conmovirse el corazón ante la muerte de sus seres queridos? ¡No, no! No es ésta la fe cristiana También nosotros nos encorvamos bajo el peso del dolor, pero... no nos

quebrantamos. También nosotros lloramos al lado de las tumbas, pero... no nos desesperamos, sino que sentimos el consuelo de Cristo crucificado...

La desgracia, el sufrimiento me duele también a mí; me duele, pero estoy convencido de que *«lo que toma Dios, lo devuelve con creces.»* ¿Cuándo? No lo sé. Pero sé que todo me lo devuelve con creces. Soy católico, y, no obstante, me duele el sufrimiento; pero en medio de todos los contratiempos oigo las palabras del Señor, llenas de consuelo: *«Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia... Y que tienes paciencia, y has padecido por mi nombre, y no desmayaste»* (Apoc. 2, 2-3).

Y no hemos de olvidar la otra gran verdad: el Señor no abandona al que no le abandona primero a El, y está con nosotros, aun cuando al parecer no nos atiende.

El mundo se estremece en torno nuestro por los lamentos de los que sufren, de los que viven en estrechez y miseria, de los que están enfermos; y ¡cuán pocos son los que salen sufrir de un modo meritorio! *¡Cuán pocos los que descubren, aun en medio del huracán, en medio de las olas encrespadas, en medio de las desgracias incomprensibles, el corazón amante de Dios!*

Claro está que si nosotros mismos pudiéramos regir nuestro propio destino, todo acontecería a nuestro gusto: el sol siempre alumbraría, el cielo no dejaría de sonreír...

Pero ¿sería en provecho nuestro?... ¿no nos pasaría algo como al labrador?...

Érase una vez —dice el antiguo cuento— un labrador que, después de una mala cosecha, se quejaba diciendo: Si Dios dejara en mis manos el gobierno de las estaciones del tiempo, todo iría mejor. Porque, al parecer —decía—, Dios no entiende mucho del cultivo de la tierra.

Y el Señor le dijo: «Para este año te confío la dirección del tiempo. Puedes pedir lo que quieras; todo se cumplirá.»

Nuestro hombre se alegró sobremanera. Dijo al momento: Ahora quiero sol. Y salió el sol. Más tarde deseó lluvia: Que venga la lluvia. Y cayó la lluvia bienhechora. De nuevo, sol... De nuevo, lluvia... Y así durante todo el año. La siembra crecía, se lanzaba hacia arriba, daba gusto el mirarla.

« ¡Ahora ya puede ver Dios cómo se dirige el tiempo! » —dijo con orgullo el labrador.

Y llegó el tiempo de segar. El labrador cogió con orgullo la guadaña para cortar el trigo...; pero su orgullo vino abajo, se quedó helado: las muchas y esbeltas espigas estaban todas vacías. Había mucha paja y poquísimo grano.

Viene el Señor y pregunta: «¿Que tal la cosecha?» El hombre se queja: «Mala, Señor, muy mala.» «Pero ¿no dirigiste tú el tiempo? Y todo cuanto deseabas se cumplía.» «Claro que sí. Y precisamente por esto estoy perplejo. Decía: Venga sol... y venía el sol; venga lluvia... y había lluvia, y con todo no hay cosecha.» «¿Ah, sí? Ahora ya te comprendo —contestó Dios—. Nunca has deseado viento. Ni tempestad ni rayos. Ni huracán. Ni vendaval, que si bien zarandea el bosque, azota la tierra, dobla los árboles..., con todo limpia el aire, robustece las raíces, las hace resistentes y duras como el acero. No hubo viento, ni tempestad, ni mal tiempo..., y ahora no hay cosecha.»

No importa que el viento nos sacuda, que la tempestad del sufrimiento nos azote, que el cielo relampaguee encima de nosotros. Porque tanto si Dios nos sonrío como si nos envía sus rayos, tanto si nos recompensa como si nos castiga, si nos levanta como si nos abate..., siempre quiere una sola cosa: que las espigas de nuestra vida no se encuentren vacías en el día de las mieses: en el gran día del juicio final.

## IV

### CUANDO LA VIDA VENCÍÓ ALA MUERTE

En esta noche santa ocurrió que la Vida venció a la Muerte.

¡Cristo ha resucitado en este día, aleluya!

Y desde este día, esta breve palabra: aleluya, es cántico triunfal, jubiloso del cristianismo.

¡Aleluya! ¡Alabad al Señor! ¡Alegraos!

¿De dónde este entusiasmo triunfal? Es que en aquella primera Pascua el amor venció al odio, la fe a la incredulidad, el Hijo de Dios al pecado y —lo que mayor alegría nos proporciona— la Vida venció a la Muerte.

¡Aleluya! ¡Alegraos, porque la Vida ha vencido a la Muerte!

Todos sabemos que vamos a morir; pero no todos piensan lo mismo respecto de lo que ha de venir después.

Lo reconocemos; la muerte está al acecho. Hoy le toca a éste; mañana le toca a otro... Y un día ¡llegaré yo!... Es cierto; ¡también yo llegaré!...

Pero no todos los hombres están de acuerdo en lo que nos espera después de la muerte.

Es Cristo resucitado quien nos asegura que detrás de la muerte nos aguarda la vida eterna.

## I

Si echamos una mirada a la historia de la humanidad, veremos que desde los tiempos más remotos luchan entre sí, dos concepciones del mundo.

Dos campos, dos bandos, cuyos miembros nunca se podrán poner de acuerdo.

¡Vivir, gozar, divertirse, ya que tan corta es la vida y después de ella no hay nada! —ésta es la divisa que caracteriza a uno de los dos bandos. «¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma?» (Mt 16, 26) —ésta es la del otro. Y todos nosotros, sin excepción, tenemos que decidimos y escoger una de las dos divisas.

Claro está que, sea cualquiera de las dos la consigna que escojas, decidirás con ello tu porvenir. Porque si no hay otro mundo, si no hay vida eterna, será una necedad que te niegues algo en este mundo. Si el otro mundo no existe, ¡adelante, a gozar sin freno, a exprimir cuanto puedas el jugo de la felicidad que encierran dentro de sí los años de esta vida! Mucha razón tenía San Pablo, al decir: «*Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres*» (I Cor 15, 19). En cambio, si hay vida eterna, has de hacer todo lo posible para que sea feliz, para llegar tranquilo al final de la peregrinación terrena.

Anduvo en lo justo Pascal, el gran pensador, al decir: «La inmortalidad del alma es una cosa tan importante y nos toca tan profundamente, que sería necesario perder toda nuestra sensibilidad para permanecer indiferentes en semejante cuestión. Toda nuestra actividad y nuestro pensar entero toman una orientación tan diferente, según que haya o no bienes eternos que podemos esperar, que el hombre no puede andar su camino con razón cabal sin darle una orientación conforme a los puntos de mira supremos.»

Porque ¡qué diferente será toda mi vida si creo o no creo en el más allá!

¡Cuán diferente será ya mi vida de este mundo!

Si creo que esta vida no es más que un comienzo y que tras ser juzgado por Dios me espera su continuación, ya no tendrá para mí problemas insolubles, ya no me sacarán de quicio las injusticias terrenas, y me mantendré firme aun en medio de las luchas más arduas de la vida. Sí, esta vida terrena sólo encuentra su objetivo final en la vida eterna.

Pero ¿qué sucederá si no creo en el otro mundo? Entonces sentiré siempre la amenaza terrible sobre mí de que me puedan



sobrevenir males, sufrimientos, enfermedades y la misma muerte. Sin la fe en la vida eterna, es un tormento insostenible la vida de este mundo. Es como una locomotora, que corre sin freno por los raíles hasta precipitarse en el abismo. Pero si creo en la vida eterna, más allá de la muerte, todo cobra sentido, todo conforme a su finalidad. Si no todo acaba con la muerte, esta vida es un absurdo, sin ningún objetivo.

¡Cuán distinta es la misma muerte, según que yo crea o no en la vida eterna!

Muere el incrédulo y también muere el creyente; pero hay una diferencia tan grande como de la tierra al cielo entre la muerte de uno y otro. El incrédulo se agarra con gesto desalentado, desesperado, lleno de sudor y de fatiga, a la vida, que se le escapa, y quiere aprisionarla entre sus dedos temblorosos. Pero el creyente, a medida que se acerca al final de su vida, se tranquiliza, se vuelve cada vez más recogido y humilde, y en su última confesión, arrepentido de todos sus pecados, recibe esperanzado el perdón de Dios. Así espera el momento postrero, lleno de solemnidad.

Cuando el gran convertido inglés, el Cardenal Newman, sintió la cercanía de la muerte, en el año 1890, hizo salir a todos de su cuarto con estas palabras: «*I can met my end alone*», «Puedo llegar al final solo». ¡Cuánta fe, cuánta certidumbre! La verdadera «eutanasia», la «buena muerte», se encuentra cuando podemos decir con el Salmista: «*Aunque camine por las sombras de la muerte, no temeré; porque tú vas conmigo*» (Salmo 22, 3-4).

«¡Dios te salve, hermana muerte!», exclamó San Francisco de Asís cuando le dijeron que pronto iba a morir. Realmente, en tal clase de muerte ya se ve alborear algo de la luz de la otra vida.

DANTE escribió que «la vida es un carrera hacia la muerte» (*Purg.* 33, 53). En efecto, la vida es un morirse continuo, y solamente en la hora final de esta vida cesamos de morir. Este momento final llega también para el que no cree en la vida eterna; pero, ¡ay!, entonces le pasa lo que al jugador de Bolsa, que ve con espanto que todas sus acciones han perdido su valor en un solo día.

¿Y qué diferente será mi consuelo en la desgracia, según crea o no en la vida eterna.

¿Algunas veces son tan retóricas y tan vacías las palabras de consuelo! En los funerales de mi madre se me acerca uno: «También yo he tenido madre, también ella murió.» Pero ¿es esto un consuelo para mí? Y estas otras palabras: «El tiempo mitigará tu herida.» «No olvidaremos su recuerdo...» « ¡Ha tenido una muerte tan tranquila! Se durmió apaciblemente.» ¡No, no! Sólo la fe en Cristo resucitado, vencedor de la muerte, puede darme consuelo. Solamente la convicción de que nuestros difuntos queridos siguen viviendo y de que nos volveremos a ver. Sólo así comprendo con qué título pudo decir Cristo triunfador de la muerte: «*Bienaventurados los que lloran —los que de esta manera lloran—, porque ellos serán consolados*» (Mt 5, 5).

¡Sí, esto sí que es consuelo! Con cuánta verdad escribió ROBERTO MÁYER, el célebre físico: «La fe robusta, conforme a una conciencia científica, tocante a la vida posterior, personal, del alma, y a la orientación más elevada del destino humano, fue mi mayor consuelo al sentir la mano fría de mi madre moribunda entre las mías.»

## II

Por tanto, la mayor sabiduría de la vida es ésta: mirarla desde el punto de vista de la muerte, y mirar la muerte a la luz de la vida eterna. Así se transforma la muerte en la gran niveladora y orientadora de la vida.

a) Por mucho que nos remontemos, aunque indagemos en los tiempos prehistóricos, doquiera que encontremos huellas humanas, encontramos también la fe en una vida después de la muerte.

¿Qué es lo que despertó en el hombre la creencia en una vida ulterior? Indudablemente la voz de Dios, que se deja oír en lo más hondo del corazón humano. ¿Y qué es lo que alentó esta fe? Las innumerables imperfecciones, injusticias, defectos y miserias de la vida terrena, cuya solución no puede hallarse sino en la perfección de la vida que nunca se acabará.

De esta fe hablan ya aquellas tumbas de los hombres prehistóricos con tanto cariño preparadas. El cadáver no era para el hombre prehistórico una cosa despreciable y repugnante, que con precipitación se echa a la vera del camino, abandonándolo allí, sino que siempre fue objeto de una solicitud piadosa. El hecho de no tener concepto claro del alma y de no pensar según nuestra doctrina cristiana no debilita en nada nuestra deducción: aun los pueblos más primitivos creyeron en la otra vida; y por esto colocaban alimentos, armas y tesoros en las tumbas y mataban a la esposa y a los esclavos del difunto, para que también en el otro mundo tuviese quienes le sirviesen. Y si miramos a los grandes pueblos de la historia, también ellos tuvieron esta fe en la vida que sigue a la muerte corporal. Esta fe se presenta, como es obvio, en las formas más variadas, y muchas veces completamente fantásticas.

De esta fe hablan las pirámides de Egipto, construidas con tanto esmero y arte; los sarcófagos y los epitafios. De ella hablan los monumentos de Babilonia. De ella hablan el Olimpo y el Tártaro de la mitología griega.

«¡Con la muerte se acaba todo!» ¡Qué pagano es este modo de hablar!, solemos decir. Y, sin embargo, no llega ni a pagano: es peor que pagano.

Oigamos la respuesta de Sócrates antes de su muerte, cuando su amigo Critón le preguntó: «¿Tienes aún algún deseo que hayamos de cumplir? ¿Acaso alguna disposición respecto de tu entierro?» «¿Qué queréis? —contestó Sócrates—. ¿Pensáis sepultarme a mí? Podéis enterrar mi cuerpo..., mas a mí no podréis enterrarme.» Al oír esta magnífica respuesta, se nos viene a la mente la inscripción que se lee sobre la tumba de Gárdonyi, allá en el castillo de Eger: « ¡Solamente su cuerpo!»

b) El mismo sentir encontramos en los pueblos actuales.

Es una verdad científicamente comprobada que todos los pueblos, todos sin excepción, creen que la muerte no es más que una puerta tras la cual prosigue la vida en una u otra forma.

Echemos una mirada sobre los pueblos más lejanos, los lapones, los esquimales, los hotentotes, los zulúes, los botocundos, los patagones... Todos, todos ellos creen, en una forma u otra, esta

verdad: no somos más que peregrinos en esta tierra; vamos hacia otra patria, en la que viviremos eternamente.

Hoy suele decirse que el pueblo menos religioso del mundo es el pueblo chino. Y, cosa interesante, este pueblo cree en la vida eterna, y esta creencia es tan fuerte, que toda su religión podemos casi reducirla al culto de sus antepasados.

«El mahometano sensual y el hindú piadoso, el griego exquisitamente culto y el romano de sentir materialista, el germano de temperamento primitivo y el escita hosco, el indio serio y el habitante alegre de las islas del Mar del Sur, el negro de sangre ligera y el australiano sombrío, el hotentote despreciado y el habitante salvaje de la Tierra del Fuego..., todos creen en la vida que nunca acabará y esperan con alegría encontrarse en el otro mundo» (SCHNEIDER).

Desde que existe el hombre, ha sido siempre anhelo fiel del espíritu humano el prolongar, siquiera unos momentos, la vida que se acaba. ¡Con qué avidez y pasión ciega buscaron los hombres el elixir de la vida que previniese contra la muerte!

De un emperador chino se cuenta que hizo construir una torre altísima. En lo más alto de la torre, un bastoncito de oro sostenía una taza también de oro. El rocío límpido que llenaba por las mañanas la taza, al cual se mezclaba el polvo finísimo de una perla machacada, servía de bebida al emperador. Se creía que aquella bebida le preservaría de la muerte. ¡Vana esperanza! ¡Necia ilusión!

¡Cuántas energías han gastado ya los hombres en el estudio de esta cuestión: cómo hemos de alimentarnos sobriamente, cómo debemos vestirnos, cómo deben ser nuestras casas, cómo debemos ordenar nuestro horario..., a fin de vivir el mayor tiempo posible! Y, a pesar de tantos esfuerzos, no hemos logrado salvar a nadie de la tumba; y aun hoy sigue siendo verdad la sentencia de JOB (14, 2): *«Nace e! hombre como una flor, que luego es cortada y se marchita; huye y desaparece como una sombra»*.

Sin embargo, existe esa manera maravillosa y cierta de alargar la vida; un medio que no sirve tan sólo para algunos años ni para cientos y millones de años, sino para toda la eternidad: es nuestra fe pascual, nuestra fe en Cristo resucitado.

«*Non omnis moriar*», «no moriré del todo», escribió confiadamente HORACIO, el gran poeta latino, refiriéndose a su fama literaria. Esto, que él aplicaba solamente a la fama que no muere, nosotros podemos interpretarlo como un afán instintivo de toda la humanidad, como un deseo de inmortalidad, de vivir para siempre.

No moriré del todo. ¡Viviré después de la muerte!

En el cementerio de Génova puede verse esta inscripción, que sólo consta de tres palabras: «*Occido cum sole!*», «me pongo con el sol». ¡Qué pensamiento más consolador! ¡No lloréis sin esperanza mi muerte! ¿Quién llora por el sol que se pone por la noche? Sabemos que al día siguiente brillará con esplendor matutino. De igual modo yo bajaré a la tumba. «Me pongo», así como se pone el sol, y me levantaré resplandeciente como el sol en el nuevo día; como bajó al sepulcro Jesucristo en la noche del Viernes Santo; pero también me levantaré como El, que, vencedor de la muerte, salió del sepulcro en la madrugada de Pascua.

Es la gran promesa que hizo Cristo por vez primera ante el sepulcro de Lázaro para consolar a Marta, que lloraba la muerte de su hermano; pero que desde entonces sigue resonando como divino consuelo en este mundo y conforta nuestras almas, que lloran la muerte de los seres más queridos y que meditan con terror en la propia muerte:

*«Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí no morirá para siempre»* (Jn 11, 25-26).

¡Me pongo como el sol; pero también como el sol brillaré de nuevo.

El Ródano de Francia ofrece allá en el sur, en los antiguos confines francosaboyanos, un espectáculo digno de admiración. En las dos orillas se alzan grandes rocas, que se ven aproximando cada vez más, hasta encontrarse y unirse por encima del agua, de suerte que el río se adentra como por una tumba de rocas y desaparece allá dentro. El pueblo llama a esta parte del Ródano «río perdido», porque, realmente, desaparece del todo, y ni siquiera se puede oír el rumor de sus aguas.

Pero ¿es que se ha perdido real y definitivamente el río? Ni mucho menos. Precisamente allí, bajo tierra, hace un trabajo más maravilloso. Allá en el seno de la tierra, con fuerza invencible, va taladrando, pulverizando la roca de granito que le cierra el paso, y cuando nos creemos ya que la tierra se lo ha tragado del todo sale de su sepulcro roqueño con ímpetu y bramar victorioso, y triunfalmente echa a rodar otra vez su olas bajo la luz del sol.

Así nos traga la tumba en el límite de nuestra vida terrena. Nos cubre la tapa del ataúd; el curso de nuestra vida se oculta en el seno de la tierra; no se oye ningún rumor sobre la tumba. ¿Es que nuestra vida se ha perdido para siempre? No. La muerte no es más que una puerta por la que hemos de pasar; pero más allá de la muerte nos espera la claridad eterna de un sol que brillará para siempre.

Y éste será el alborear de la eterna aurora pascual. Este será el día en que el sol ya no se pondrá. Este será el final, en que todos los arroyuelos de esta tierra desembocarán en el océano de lo infinito. Esta será la victoria resplandeciente, definitiva, llena de dichas, en que la Vida vencerá a la Muerte.

## V

### EL MILAGRO DE PASCUA

La fiesta del día santo de Pascua, es la fiesta mayor del cristianismo. Es más grande que Navidad. Ciertamente, en Navidad celebramos el nacimiento del Niño de Belén; mas la Pascua nos dice con certeza incontestable que aquel Niño de Belén no era un puro hombre, como todos nosotros, sino el mismo Dios humanado, que bajó a nosotros. El milagro acaeció en la madrugada de Pascua. La resurrección de Cristo, muerto y puesto en el sepulcro, es una prueba irrefutable de su divinidad; es el fundamento granítico de todo el cristianismo.

Si el Credo acabara con este artículo: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado»; si la vida terrena de Jesucristo terminase con este acorde trágico, todo el cristianismo se derrumbaría como saco vacío, como edificio sin armazón, como casa sin fundamento.

Concedemos que, aun así, el cristianismo sería un magnífico sistema filosófico; que aun así, las enseñanzas de Cristo no dejarían de ser verdades morales y edificantes; pero ¿quién podrá observar los exigentes mandamientos de Cristo aun a costa de los mayores sacrificios? ¿Quién podría amar la santa fe cristiana hasta dar por ella la última gota de sangre, si su Fundador no hubiera sido más que un hombre —un hombre bueno, hombre sabio, hombre santo, pero hombre—, que sus enemigos pudieron escarnecer, pisotear, matar...?

Sí; si fuese éste el último artículo de nuestro Credo...

Pero no lo es. El Credo continúa. Y la continuación pregonaba una cosa sencillamente conmovedora, inaudita, increíble: «*Al tercer día resucitó de entre los muertos.*»

Ya lo sintió SAN PABLO, y lo expresó sin rodeos; toda la fe cristiana depende de esto: ¿Ha resucitado o no ha resucitado

Jesucristo? Porque *«si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, y vana vuestra fe»* (I Cor 15, 14).

Realmente es así. Si Cristo no resucitó, ¿de qué me sirve a mí, hombre del siglo XX, el que un día lejano, hace mil novecientos años, haya vivido en esta tierra un hombre muy bueno, muy sabio, muy amable, que era todo amor para con los hombres, que curó a los enfermos, que perdonó a los arrepentidos...? ¿De qué me sirve todo esto si El también murió, si El también fue sepultado y también se convirtió en polvo...?

Acaso le admire como se admira a los grandes hombres, quizá le venere como solemos venerar a los hombres buenos; ¿pero amarle, adorarle, atenerme con amor abnegado a sus mandamientos, atar a Él toda mi vida? ¿Quién une su vida a un cadáver, que se deshace en polvo? Y, sin embargo, así sería si Cristo no hubiese resucitado...

Pero ¿si ha resucitado?... ¿Qué hacer en este caso? No solamente me causa asombro por su bondad, por sus palabras maravillosas, por su vida incomparable, por sus milagros, sino que me confirmo en que lleva el sello de la divinidad, el más grande y asombroso y nunca visto: el de salir por su propia virtud de la tumba.

¿Y qué será si veo que por la fe en el Resucitado miles y millones de hombres como yo están dispuestos a dar su vida con el martirio? Si veo que desde el día en que resucitó se dan las virtudes más hermosas y heroicas entre los hombres.

Entonces no hay más solución: confesar que Cristo no puede ser un hombre cualquiera, sino que es Dios.

Así es si Cristo ha resucitado.

La resurrección de Jesucristo no es una leyenda, sino un hecho histórico. Es tan cierto y está corroborado por la palabra de tantos testigos como cualquier otro acontecimiento de la historia universal. Es un hecho histórico que el Señor murió realmente y fue sepultado. Es un hecho histórico que el día de Pascua sus amigos y enemigos estuvieron junto a su sepulcro y lo encontraron vacío. Y, finalmente, es un hecho histórico que el Señor apareció a muchos después de Pascua y les habló. Por lo tanto, vivía.



Testigos y pregoneros de la resurrección de Cristo son, no solamente los evangelistas, sino también los Apóstoles.

Primero, la pregonera San Pedro en su discurso de Pentecostés; por tanto, cincuenta días después de la Resurrección. Pedro empieza a hablar en la plaza al pueblo reunido.

—¿Habéis visto a Jesús en la cruz? —preguntaría.

—Le vimos —hubo de ser la respuesta.

—¿Le habéis visto muerto?

—Le vimos.

—¿Habéis visto salir sangre y agua de su corazón, abierto por la lanza?

—Lo vimos.

—Pues bien, yo y estos otros que están junto a mí, sus Apóstoles y discípulos, nosotros le vimos vivo después de su muerte, le vimos resucitado. *«Este Jesús es a quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos»* (Hech. 2, 32).

En el sentir de San Pedro, el hecho de la resurrección es tan conocido, que ni siquiera necesita ser probado. Habla de este hecho con naturalidad, seguro de que en Jerusalén lo sabe todo el mundo, y nadie puede aducir un argumento, una objeción contra el mismo. Y hay que caer en cuenta que el auditorio es numeroso, ya que en aquel día se convierten y bautizan tres mil personas (Hech. 2, 41).

De la misma manera alude a la resurrección de Cristo en la puerta del templo de Jerusalén, después de curar a un cojo (Hech. 3, 15). No lo prueba, únicamente lo recuerda como un hecho conocido en todo Jerusalén.

San Pablo también predica la resurrección del señor. En Antioquía habla de esta manera a los judíos: *«Descolgándolo de la cruz, le pusieron en el sepulcro. Mas Dios le resucitó de entre los muertos al tercer día, y se apareció durante muchos días a aquellos que con él habían venido de Galilea, a Jerusalén, los cuales hasta el día de hoy están dando testimonio de él al pueblo»* (Hech. 13, 29-31).

Añádase a este testimonio explícito de la Sagrada Escritura el cambio tan inesperado que experimentaron los Apóstoles. También es prueba elocuente de la resurrección real de Jesucristo

Todos conocemos la postración moral que produjo en los Apóstoles la muerte del Señor, su trágico fin.

Y, de repente, irrumpe en estos hombres cobardes, miedosos, desalentados, un heroísmo capaz de llevarlos al martirio. Los que hace poco estaban escondidos con las puertas cerradas, ahora salen a las plazas y calles para predicar, y retan con valentía a los príncipes de los sacerdotes, que les prohíben hablar.

¿Cómo se comprende este cambio si Cristo no ha resucitado? ¿Puede un muerto tener tal influencia? No hay efecto sin causa. Y es un hecho real e indudable que los Apóstoles, estos sencillos pescadores, promovieron por todas partes, en el campo religioso, moral, social e intelectual del mundo, una tal transformación —una tal revolución—, que no se registra cosa parecida en la historia universal.

¿Cómo se explica si Cristo no ha resucitado? Realmente, si aun se puede dudar de la resurrección de Cristo, no hay hecho «histórico» que pueda mantenerse firme.

Al ponderar estas razones que corroboran nuestra fe en la resurrección de Cristo, nos parecen cada vez más inútiles y torpes los ensayos y esfuerzos que hacen los enemigos de Cristo para desvirtuar este hecho, realmente incontrastable.

A) Antes de todo, no saben qué hacer con el sepulcro vacío de Cristo.

Las afanosas mujeres, que en la mañana de Pascua quisieron tributar los últimos honores al cadáver de Jesús, encontraron el sepulcro vacío. Alarmadas lo notificaron a los Apóstoles; enseguida fueron al sepulcro Juan y Pedro, y lo encontraron también vacío (Jn 20, 8).

Los príncipes de los sacerdotes quedaron desconcertados; esto prueba que ya no estaba en el sepulcro el cuerpo del Salvador, pues ellos hubieran podido desvanecer fácilmente los rumores que corrían respecto de la resurrección, si hubiesen podido enseñar el cadáver del Crucificado.

El sepulcro, pues, estaba realmente vacío. Pero ¿cómo se vació? ¿Dónde estaba el cadáver?

a) Lo hurtaron... Esto pudo ser una explicación. Los sacerdotes enseguida la tomaron para no tener que admitir que hubiese resucitado, y dieron dinero a los soldados que guardaban el sepulcro para que pregonasen por doquier: «Mientras nosotros dormíamos, vinieron los discípulos de Cristo y robaron el cadáver.»

¡Cuántas contradicciones en esta sola frase! ¡Los discípulos, miedosos y dispersos, de repente cobran ánimo y se atreven a franquear los soldados que guardan el sepulcro! Si los soldados dormían, ¿cómo pudieron ver que eran los Apóstoles quienes hurtaron el cadáver? Y, si no dormían, ¿por qué consintieron que lo robasen?

Además, si los soldados se durmieron en vez de montar la guardia, ¿cómo es que estos soldados romanos, los soldados más disciplinados del mundo, no recibieron castigo? Y leemos que en vez de castigo recibieron dinero, ¡dinero en abundancia!

b) Los mismos enemigos de la resurrección sintieron el peso de estas dificultades, y por esto acudieron a otra explicación: Cristo murió sólo en apariencia; la frescura del sepulcro hizo que recobrase los sentidos, y El mismo salió de allí.

Es una explicación peor que la anterior.

Porque, antes de todo, es un hecho cierto que Cristo murió realmente y no sólo en apariencia.

¿Murió Cristo? Casi estoy tentado de contestar: nunca murió un hombre más de veras que Jesucristo. Ya en el camino de la cruz parece una sombra que va titubeando, un hombre medio muerto que sangra por mil heridas. Y después, durante la crucifixión, sangra más profusamente al ser taladrado de pies y manos; la lanza del soldado que atraviesa su corazón le abre la quinta llaga. Después de sepultado, sellan su sepulcro con una gran piedra y lo guardan soldados. Realmente, en aquellas horas se hizo todo lo posible para quitarse de encima al profeta desagradable.

Pero imaginémonos que Cristo medio muerto, pálido, con rigidez cadavérica en su rostro, logra escaparse del sepulcro. Imaginémonos que, al fin, puede llegar a unirse con sus discípulos;

que éstos le ponen vendas y le cuidan; si muere por efecto de todas sus llagas, y aunque no muera, ¿es posible psicológicamente pensar que este fin miserable suscite aquella impresión sin igual que se manifiesta en el espíritu de los Apóstoles?

B) La fe de los Apóstoles en la resurrección es producto de la fantasía y de una alucinación colectiva. Con esta explicación pretenden escapar otros de la enorme fuerza probatoria de la resurrección.

a) Pero ¿quién puede tomar en serio esta escapatoria? El sepulcro mismo de Jerusalén destruye con el peso de la realidad tangible toda sospecha de visión o de alucinación. Si el sepulcro no estuviera vacío, si lo cubriera aún la pesada losa y debajo de ella se encontrara el cadáver, entonces sería imposible toda ilusión.

b) Además, en nuestro caso, faltaban las condiciones más elementales para que se dé una alucinación.

¿Quiénes suelen tener visiones y alucinaciones? Aquellos que esperan algo con impaciencia. Cuando ya es hora de que llegue el invitado, y éste no llega, oímos a cada instante sus pasos: «Ahora viene...», y, sin embargo, no viene.

Pues bien, los Apóstoles estaban muy lejos de esperar la resurrección de Cristo. Aún más, cuando las mujeres les llevaron la primera noticia, ni aun quisieron creerla. Los discípulos de Emaús la consideran, todavía por la noche, como noticia de mujeres «sobresaltadas», fantasiosas. Y Tomás no la cree, aun cuando todos los demás Apóstoles vieron al Resucitado.

Tan poco dispuestos están para visiones, que no reconocen al Señor cuando se les aparece. Magdalena cree que es un hortelano; los discípulos de Emaús creen que es un peregrino.

Además, la alucinación puede darse en gente nerviosa y aprensiva, no para pescadores curtidos al aire libre.

c) Y si Cristo resucitado no hubiese aparecido más que una o dos veces, podría discutirse todavía si no era más que una visión o un espectro. Pero apareció varias veces durante cuarenta días. Se le apareció a San Pedro. Se apareció a María Magdalena. Se apareció a las piadosas mujeres. Se apareció a los diez Apóstoles —no faltando más que Tomás—. Después se aparece a los once

apóstoles, con Tomás incluido. Y San Pablo, al escribir a los fieles de Corinto, afirma que entre ellos viven todavía muchos hombres que vieron con sus propios ojos al Cristo resucitado (I Cor 15, 6).

¿Es posible probar mejor un hecho histórico? Si unos pocos hombres pueden ser engañados por una visión, ¿es posible que quinientos hombres vean a la vez a Jesucristo? ¿Pueden quinientos hombres tener la misma alucinación? Por otra parte, cuarenta días después, el día de la Ascensión, cesan de repente todas las apariciones. ¿Por qué, cuando las disposiciones psicológicas siguen como antes?

La Resurrección de Cristo es, pues, un hecho histórico. Testigos son las piadosas mujeres que se dirigen al sepulcro, que al ver el sepulcro vacío, cualquier explicación admiten (“se han llevado el cadáver”), menos que haya resucitado el Señor. Testigos son los Apóstoles, que al principio recibieron con dudas la noticia; pero cuando comprobaron con sus propios ojos, oídos y manos la realidad, dieron su vida por la dar testimonio de la Resurrección. Testimonio es la multitud de los primeros cristianos, a quienes se les apareció el Señor después de la Resurrección. Y testimonio es la vida diecinueve veces secular de la Santa Madre Iglesia. Porque al contemplar el heroísmo de los mártires, la elevación moral y la fe invicta que brota de la fe en la Resurrección, podemos preguntar con derecho: Si Cristo no ha resucitado, si su cuerpo se deshizo como todos en el fondo del sepulcro, ¿cómo se explican todas estas cosas? ¿Quién va a creer que un muerto sea capaz de realizar estas maravillas?

La Resurrección de Cristo es la corona de su obra, la última garantía de que El era realmente Hijo de Dios. Cuando estaba pendiente en la cruz, sus enemigos se burlaban de El con estas palabras: «*A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo; si es el Rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en él*» (Mt 27, 42). Pues bien, Cristo da una prueba aún mayor de su divinidad. No baja de la cruz, sino que sale vivo del sepulcro sellado.

Es domingo por la noche, noche de Pascua. Los Apóstoles están reunidos; no faltan más que dos: Judas, el desgraciado traidor, y Tomás. No sabemos dónde estaba Tomás. El ambiente es de oración, de preocupación. El cadáver de Cristo ha

desaparecido; los príncipes de los sacerdotes han hecho correr por toda la ciudad la noticia de que los discípulos lo habían robado. No es prudente salir a la calle en tales circunstancias. Sólo puede tranquilizarlos el tener la puerta cerrada. ¿Qué sucederá ahora? ¿Qué será de los planes de Cristo? ¿Cómo van a conquistar el mundo estos pescadores tan temerosos?

Y entonces..., entonces... aparece de repente Cristo. Las puertas permanecen cerradas; pero Cristo está allí, en medio de ellos. «¡Soy yo, no temáis!» Como si dijera: «Se acabó el temor y el pesimismo. Soy yo, vivo. Yo, que necesito soldados y mártires que me confiesen delante del mundo.»

Y «se llenaron de gozo los discípulos al ver al Señor» (Jn 20, 20) —dice la Sagrada Escritura— y una nueva fuerza invadió sus espíritus decaídos.

Y desde entonces la figura gloriosa del Cristo resucitado es la fuente de nuevas fuerzas también para nosotros.

Millones de fieles repiten a diario jubilosamente este artículo de nuestro Credo: «Al tercer día resucitó de entre los muertos...»

Sí; Cristo vive. Cristo es una realidad viva. No es leyenda; no es un mito, no es un símbolo. El mismo Cristo que andaba por los caminos de la Palestina, sigue andando aun hoy por los caminos del mundo. El mismo Cristo, que hace mil novecientos años habló a los habitantes de Tierra Santa, nos habla aun hoy día con la palma de la victoria alcanzada sobre la muerte: nos habla, nos consuela, nos conforta, nos ilumina y ayuda..., nos espera en la patria eterna.

Durante meses, el frío invierno ha tenido aprisionada la tierra; pero he ahí que hoy brota por doquier la pujante fuerza de la vida primaveral. Encerraron en un sepulcro de piedra a Cristo muerto; mas hoy resucita para una vida nueva. También yo, cuando muera y sea sepultado, resucitaré para la primavera eterna.

Este es el dulce consuelo del milagro pascual.

## VI

### "BUCAD LAS COSAS DE ARRIBA"

Pascua es el triunfo de la verdad eterna sobre la maldad; el triunfo de la luz sobre las tinieblas; el triunfo del espíritu sobre la materia.

«*Si habéis resucitado con Cristo —dice el apóstol SAN PABLO—, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Gustad las cosas del cielo, no las de la tierra*» (Col 3, 1-2).

¡Qué actuales resultan estas palabras hoy, para la humanidad moderna que tanto sobrevalora la técnica y la ciencia! Cuestión decisiva es ésta: *más importante que la técnica y la ciencia, es el alma, y más importante que el dominio de la materia es el dominio del espíritu.*

El hombre, a lo largo de la historia, siempre se ha esforzado por mejorar su bienestar. Siempre está tratando de inventar algo nuevo, de progresar materialmente, pero siempre queda insatisfecho. Y a la vez que inventa nuevas cosas, se crea nuevos yugos, nuevas necesidades y preocupaciones. Tenemos una tecnología cada vez más sofisticada, la ciencia cada vez más profundiza en el conocimiento de las cosas; pero somos también cada vez más orgullosos y autosuficientes, menos humildes y religiosos.

Y precisamente, cuando el hombre se olvida de que no es el dueño absoluto del Universo, entonces, estalla un volcán en llamas, ocurre un terremoto, el mar invade la tierra y arrasa con todo, se desencadena un huracán, hay un incendio..., y ante la vista de millares de muertos recordamos de nuevo que esta tierra no es nuestra propiedad absoluta, que no somos en ella más que colonos..., mientras el verdadero propietario consiente que estemos en ella.

La técnica y el progreso material de por sí son buenos, ya que fue el mismo Creador quien nos dio este mandamiento: «*Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla*» (Gen 1, 28). ¿Quién tiene, pues, la culpa de que las use mal, de que sea a veces una maldición lo que tenía que ser una bendición?

Ciertamente, el culpable es el hombre, que la emplea indebidamente. Con la dinamita se pueden hacer volar montañas y abrir túneles y carreteras; pero es posible también destruir casas y matar hombres...

El hombre ha usado la técnica y la ciencia indebidamente, porque *las ha levantado a la categoría de ídolos*. El hombre sintió el vértigo de sus propios descubrimientos y creyó que por medio de los mismos podría construir su torre de Babel y destronar a Dios.

El hombre ha creído que con la ciencia y la técnica podía solucionarlo todo, y que, por tanto, que ya no necesitaba de Dios, ni de la religión, ni de la oración, ni de los Sacramentos. De tal manera que el espíritu del hombre ha sido tragado por la técnica; el hombre ha llegado a sacrificar su alma, su espíritu, por los bienes materiales.

La tecnología ha mejorado nuestra vida en muchos aspectos..., ¿quién va a negarlo?

Pero la técnica es incapaz de librar al hombre de la tiranía de su egoísmo y de su dureza de corazón, de su avaricia, de su ira, de su lujuria y de todas las demás pasiones desordenadas.

Y, sin embargo, si no logramos imponerles freno, ¿qué será de nosotros? El odio humano y las pasiones desenfrenadas destruyen tanto más horrorosamente cuanto más fuertes son las armas que pone en sus manos el desarrollo tecnológico.

La técnica no lo es todo. En la vida la cosa más importante es la misma vida. Es absurda la manera agitada de vivir del hombre, que se afana por conseguir los más medios materiales posibles, mientras no tiene tiempo para vivir.

Un anhelo noble del alma humana es la libertad; todos los individuos y naciones quieren ser libres. Pero la libertad puede significar también peligro y destrucción si quien la logra no sabe qué hacer con ella.



Es lo que nos ocurre con la técnica cuando no se sabe usarla rectamente. El hombre no ve en ella más que una gran posibilidad para enriquecerse repentinamente. Y en esa caza febril de la riqueza olvida el hombre fatalmente el fin de su vida y los valores espirituales; olvida que la técnica tiene por objeto servir a la humanidad; y en vez de esto, se pone él al servicio de la técnica.

A los que no saben ni leer ni escribir los llamamos analfabetos. Con satisfacción podemos afirmar que el número de ellos va decreciendo. Pero vemos con gran pesar que crece de una manera espantosa el número de los analfabetos espirituales y morales, es decir, el de los hombres que, si bien saben escribir y leer, y que, por ventura, se llenan la cabeza de excesivos conocimientos, tienen el corazón lleno de pasiones desenfrenadas y de deseos inmediatos y mezquinos...

El objeto y destino de nuestra vida es la vida eterna. Pero ¡cuántos andan extraviados y ofuscados por el resplandor del progreso material!

Todo cuanto ha creado Dios es bueno. Las primeras páginas de la Sagrada Escritura así lo subrayan con vigor. En ellas se describe de una manera simbólica cómo fue el caos, por virtud del espíritu de Dios, transformándose, poco a poco, en cosmos; la materia desordenada y caótica, en un mundo ordenado y primoroso. El Dios creador diseñó un desarrollo gradual, y puso en el mundo las energías que para éste se necesitaban. Por consiguiente, habiendo sido el mundo y la materia ordenados por Dios, no pueden ser cosas malas. Esto siempre lo enseñó el cristianismo.

Pero también enseñó otra verdad. Enseñó que el mundo material es bueno considerado en sí mismo, pero no hasta el punto de poder ser el fin último del hombre. Porque el hombre no consta solamente de materia, sino que tiene también alma, y aún más, que precisamente por el alma es hombre. Mientras guardamos el orden recto y un equilibrio justo entre materia y espíritu, todo estará bien asentado. Pero necesariamente tenemos que establecer la debida jerarquía.

¿Cuál es ella?

Por encima de todo, Dios. Ante El, rindiéndole homenaje, están los hombres. Y a éstos les rinde pleitesía el mundo material,

Si respetamos este orden, podemos lanzarnos con toda tranquilidad al más intenso trabajo, pues con ello no haremos sino cumplir el encargo que nos hizo Dios, y con nuestra diligente actividad no hacemos sino probar esta verdad.

«*Los cielos cantan la gloria de Dios*» (Salmo 18, 2). Y no solamente los cielos. La cantan también —o tendrían que cantarla — la industria, los adelantos técnicos, el progreso material.

La creación divina suministra el fundamento, la materia y las leyes de la Naturaleza; en una palabra, lo que necesitan nuestros técnicos y científicos para hacer su trabajo; y Dios encargó al hombre toda la intensa labor de investigación al decir a nuestros primeros padres: «*Creced y multiplicaos, llenad la tierra, y sometedla*» (Gen 1, 26).

Pero para que la técnica se transforme en cultura; para que sea una bendición y no una maldición, es necesario que conserve la recta jerarquía de valores. Es necesario que no ahogue la cultura espiritual, porque *el alma de toda cultura es la cultura del alma*.

Por consiguiente, el Reino de Dios no está en pugna con el reino del hombre, con el trabajo y el progreso. No está en pugna... Lo que hace es ennoblecerlos, levantarlos a un nivel más elevado.

Cuando el progreso técnico empezó a avanzar con pasos gigantescos, el hombre sintió vértigo, y creyó que aquello que tenía ante sí lo era todo; que era el camino del bienestar..., y que ya para nada necesitaba de la religión ni de Dios. Mas una cultura sin religión es como si dijéramos un castillo de naipes.

Si en el trabajo cultural suprimimos la religión, eliminamos un elemento esencial de la verdadera cultura. Si perdemos la concepción religiosa del mundo, también perdemos inmediatamente lo que nos espiritualiza y más nos dignifica.

No se trata de rebajar el afán creador que siente el hombre, su deseo de subyugar las fuerzas de la Naturaleza y descifrar sus misterios. No; no se trata de eso. Al trazar planes, al crear, al investigar continuamente, el hombre no hace sino cumplir el encargo divino. Pero ¡no hemos de invertir la jerarquía de valores!

Reconozcamos que los *records* de la técnica sólo suponen valores verdaderos si coadyuvan al adelanto de la cultura espiritual, al incremento del espíritu, de la virtud, de la verdadera dignidad humana.

Reconozcamos que no es posible construir el reino del hombre sin el Reino de Dios. Reconozcamos que la ciencia y la técnica no son aún cultura; no son más que una parte de la misma. La ciencia y la técnica pueden ser empleadas tanto para el bien como para el mal..., lo que determina el carácter de la verdadera cultura, está en el corazón y en el alma, en los nobles sentimientos y en la victoria sobre los instintos.

La fuerza más potente del mundo no es la energía material, sino la fe. La energía más valiosa del mundo es el amor. El ideal más digno del hombre no es el empresario o el banquero, sino el santo. El tesoro más sublime del hombre no es la ciencia, sino el alma.

Juzga tú mismo. ¿Quién vivió mejor esta idea de que el hombre es la corona de la creación: San Francisco de Asís, al levantar compasivamente una lombriz del polvo del camino para que no la pisaran los transeúntes, o el bioquímico, que la corta en pedazos y la coloca en su microscopio y la estudia día y noche para descubrir el modo de sacar ventajas materiales de la misma?

La técnica y la ciencia, ¿son nuestras esclavas o nuestros tiranos?

Porque desde el momento en que perdemos el dominio sobre ella, la técnica y la ciencia, que tenían que ser una bendición para nosotros, empiezan a ser nuestra desgracia. ¡Ay de nosotros, si el sublime lema de nuestros mayores: «Todo para mayor gloria de Dios», se transforma en nuestros labios de esta manera: «Para mayor gloria de la técnica y de la ciencia»!

Trabajemos, pues, con todas nuestras fuerzas en el reino del hombre, pero trabajemos también y oremos para que éste se edifique sobre el Reino de Dios y para que venga a nosotros este santo Reino.

¿Hemos de suprimir la técnica y la ciencia? No. Pero ha de ser su reina y señora el alma. Porque el alma de toda cultura es la cultura del alma.

Y así será una realidad la gran lección que nos trae Jesucristo, triunfador sobre la muerte: «*Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba*».

## VII

### DÍA DE LOS DIFUNTOS...

Es el Día de Difuntos..., y yo voy a hablar de vida. Acaso acabas de llegar del cementerio; has caminado entre las tumbas..., y yo te voy a hablar de la vida más allá de la muerte.

¡Qué sublime fuerza la de la fe cristiana, que posibilita hablar de la vida incluso ante la realidad de la muerte!

La vida terrena muchas veces es un continuo sufrimiento, y la fe nos habla de otra vida, en que ya no habrá ya más sufrimiento. Aquí abajo nos atormenta la enfermedad, y un día agonizamos y nos morimos; y el cristianismo nos promete una vida en que no habrá ya ni enfermedad ni muerte.

Llevamos en nuestro corazón el deseo de esa vida eterna; todos los pueblos han creído en ella; la razón me dice que hay algo en mí que sobrevivirá a la descomposición de mi cuerpo...; pero quien nos da la certeza es Cristo. De sus labios salieron estas palabras admirables: «*Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá*» (Jn 11, 15).

«Todo se acaba con la muerte.» Fácil es decirlo. Pero ¿puedes creerlo? ¿No te enloquece el pensarlo? ¿No perderás tu fe en Dios? Porque si hay Dios, Él no me ha podido crear para sólo esta vida terrena; y al revés también: si no hay vida eterna, es que no existe Dios.

El hombre se compone de dos partes; ninguna de las dos se perderá para siempre. Mi alma no puede perecer, pues por ser espiritual, no conoce la corrupción y es inmortal. Tampoco ha de perecer mi cuerpo definitivamente, porque si es cierto que ha de morir, también es cierto que resucitará al mandato de Dios.

¿Es posible encontrar para el Día de los Difuntos un tema más consolador que estos dos pensamientos?: I. *Mi alma es inmortal*. II. *Mi cuerpo, aunque tiene que morir, resucitará*.

## EL ALMA ES INMORTAL

*La sabiduría, la bondad y la justicia de Dios lo exigen.*

1. Si mi alma no es inmortal, ¿qué será de la *sabiduría de Dios?*

*«Le hiciste un poco inferior a los ángeles, le coronaste de gloria y de honor, y le diste el mando sobre las obras de tus manos» (Salmo 8, 6).*

Y, realmente, ¿por qué creó Dios el aire que circunda la tierra? Para que el hombre pueda respirar. ¿Por qué creó el agua? Para que el hombre pueda apagar su sed. La tierra esconde los tesoros dentro de sus entrañas; pero es en vano, porque... la habilidad del hombre los saca de allí, porque son suyos; las aguas del mar braman y se encrespan; pero es en vano, porque... el hombre construye poderosos navíos y explota el océano; porque es suyo. El hombre vuela a las alturas, baja a las profundidades, indaga el pasado, aprovecha el presente, asegura el porvenir... Suyo es el mundo. *«Dios le dio el mando sobre las obras de sus manos.»*

¿Qué es lo que da tal capacidad al hombre? *El alma.* Lo sentimos: una cosa es el alma y otra el cuerpo... Lo sentimos así. ¿Por qué siento remordimiento al cometer una mala acción?... ¿No es el alma que me tortura? ¿Qué es lo que infunde tristeza, aun cuando tenga satisfechas todas las necesidades del cuerpo y éste se sienta perfectamente bien?... ¿No es el alma?

Y no os creáis, hermanos, que hable del alma con tal seguridad por ignorar los subterfugios de quienes la niegan. Los conozco; conozco uno a uno estos argumentos. Dicen: «No hay vida más allá de la muerte, porque no hay nada que sobreviva a la muerte del cuerpo. No hay alma. No hay alma; no hay más que cerebro. Lo que llamamos alma no es más que una función del cerebro. El cerebro del niño es pequeño; pequeños son también sus pensamientos. El cerebro del hombre está enfermo; enfermos y alocados son también sus pensamientos. El cerebro del hombre es viejo; decrepitos son también sus pensamientos. El cerebro del

hombre perece; perece también su alma. Son verdades como puños.»

¿Qué contestar?

El cerebro es el alma —dices tú—. Pero ¿qué es el cerebro? Una masa de materia que se puede pesar en una balanza. ¿Y qué es el pensamiento? El amor, el entusiasmo, la virtud, la ira, el pecado, las funciones del alma..., ¿qué son? Algo espiritual. Pues contéstame: ¿Puede lo material producir algo espiritual? ¿Puedes dar una respuesta satisfactoria?

«Sin cerebro no hay función espiritual. Es verdad; el cerebro es como una central de teléfonos. Todos los cables (los nervios) se unen en él; allí está la telefonista (el alma), que recoge y suma las impresiones. Si el cable está mal, funciona mal el teléfono; pero no será el cable que produzca el pensamiento, no será el cable quien hable, ¿verdad? Si la señorita deja la sala, no se puede telefonar, y, sin embargo, allí está el aparato; si el alma sale del cuerpo, en el mismo instante se cortan todos los pensamientos, aunque continúe allí el cerebro.

Aquí tengo, en el estudio de la radio, el micrófono ante el cual hablo. La corriente eléctrica pasa, recoge todas mis palabras y las esparce por todo el mundo. El micrófono es el cerebro, yo soy el alma. Es necesario el cerebro, y es necesaria el alma. Si se echa a perder el micrófono, en vano hablaré, no me oirá nadie, porque estoy solo en la sala de conferencias. Sin el micrófono no puedo entrar en contacto con el mundo, no puedo comunicarle mis pensamientos; pero ¿es ello motivo suficiente para afirmar que los pensamientos que ahora os llegan son producto del micrófono? De ninguna manera. Es cierto que sin el micrófono no puedo establecer contacto con vosotros, y que si el micrófono es malo, digamos «enfermo», entonces mis palabras os llegan estridentes, débiles, «enfermas»; lo mismo pasa cuando el cerebro humano es débil, viejo, enfermo: sólo puede comunicar pensamientos pequeños, enfermizos. Pero en vano será sano el cerebro si le abandona el alma, así como será inútil el mejor micrófono del mundo si nadie habla a través de él; no oiréis nada. Con malos instrumentos, ni el escultor más insigne puede hacer una obra buena. Si le faltan los utensilios, tampoco. Y con todo, ¿quién va a

confundir los instrumentos con el maestro? Pues éste es el desatino de quien sostiene que el cerebro es el alma.

Hay un espíritu que no perece con el cuerpo y que solamente Dios podría aniquilar.

¿Y quién osaría suponer una cosa tal de la sabiduría de Dios? ¿Habría creado al hombre únicamente para aniquilarlo? ¿Se preocuparía con amor tan solícito de algo que existe sólo para un momento... y que perece en el siguiente? Dios ¿ha edificado solamente para derribar? ¿Ha plantado únicamente para extirpar? ¿Y para que cuando los hombres mueran (porque todos acaban muriendo) y se reduzcan a un puñado de polvo, puedan los que todavía viven decir con ironía: «Ved aquí, esto es todo. Un puñado de polvo y algunos huesos... ¿Esta es la obra del Omnipotente»?

¡Qué idea más desatinada! ¿No nos vemos obligados a decir: O no existe Dios, y no hay nada después de la muerte..., o si hay Dios, tiene que haber vida eterna?

2. *La bondad de Dios* también exige la inmortalidad del alma humana.

¿Morimos por completo? Entonces Dios no es bueno ni es nuestro Padre. ¿Pues creó al hombre para hacerle infeliz?

¡Cuánto sufre el hombre! Más que cualquier otro ser vivo. Porque el hombre sabe ya de antemano que va a sufrir, prevé el dolor, lo espera, y este saber se lo centuplica. Mueren también los otros seres vivos, mas sin saberlo de antemano; el hombre lo sabe de antemano, y tiembla sólo de pensarlo.

Y lo que es más espantoso aún, ahí están los sufrimientos espirituales, las preocupaciones, la tristeza, cuando nuestros seres amados sufren o mueren sin que nosotros les podamos ayudar.

Y sufre el hombre a pesar de que no nació para el sufrimiento, sino para la alegría. Persigue la alegría, se afana por ella en vano; lo poco de alegría que en la vida encuentra no hace sino aumentar su sed. Busca la hermosura, y ve que también ésta perece; busca la riqueza, el bienestar, el honor, la fama... ¡Siempre en vano!

¡Señor, a Ti clamo! ¿Para esto has creado al hombre? ¿Para que se consuma, para que se agote? Miro cualquier otra criatura, y veo que sus deseos y sus medios para conseguirlos guardan la debida proporción. El animal se harta y se siente satisfecho. Pero



yo... tengo sed, y no hay bebida en la tierra capaz de apagarla. Yo anhelo vida, deseo la Hermosura perfecta, la Verdad absoluta, y éstas ¿no existirán? ¿No habrá una felicidad para siempre, sin nubes? ¿No habrá una vida eterna? Entonces, ¿por qué, Señor, has puesto en mí estos deseos? Si, en realidad, he nacido únicamente para morir, ¿por qué me estremezco al pensar en la muerte? Señor, si nunca podré llegar a verte, ¿por qué has puesto en mí estos deseos de conocerte? ¿Por qué has permitido que me enseñaran que Tú eres mi única felicidad? ¿Por qué has dado a mi corazón una capacidad que nada puede llenar, a no ser Tú mismo, el Dios soberano?

¡Ah Señor! Yo creo que no me has engañado. Yo creo que a través de espinas y sufrimientos me conduces a la vida eterna, porque eres infinitamente bueno.

*¡Hermanos! O no existe el Dios bondadoso y no hay otra vida..., o si existe, hay vida eterna.*

3. *La justicia de Dios* también exige una vida más allá de la muerte. Este pensamiento está tan profundamente arraigado en el alma humana, que de labios de hombres desesperados, injustamente agraviados, oímos a cada paso estas palabras: « ¡Dios te pedirá cuenta de todo lo que me hiciste!»

Antiguamente también se solía repetir esta frase...; pero nunca hubo tantas injusticias como hoy. También antiguamente estaban en pugna la honradez y el pecado; pero nunca se envalentonó con tanto orgullo y cinismo el malvado, ni fue tan humillado y pisoteado el hombre honrado. «*¡Dios, que es justo, te pedirá cuentas un día!*» Pero ¿dónde, si no tiene continuación esta vida terrena? Si con la muerte se acaba todo, igualmente para el inocente como para el pecador, para el creyente fervoroso que para el incrédulo blasfemo, para el asesino que para su víctima, ¿puede haber de verdad justicia? Pero de Dios nadie se ríe.

*O no existe la vida eterna, y por tanto, Dios no es justo..., o existe, y por tanto, se hará justicia.*

Sí, en la muerte se rompen de un modo doloroso los lazos que unen el cuerpo y el alma, mas no hay poder capaz de aniquilar el alma. La semilla arrojada en la tierra pierde su envoltorio exterior, y brota de ella una nueva vida. La vida terrena es el envoltorio

exterior; la muerte lo rompe, pero comienza una nueva forma de vida, más hermosa y más libre. *«Las almas de los justos están en las manos de Dios, y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos parecía que morían..., mas ellos, en verdad, reposan en la paz»* (Sab 3, 1-3).

Sin embargo, la fe cristiana no se detiene en este punto, sino que da un paso más. No solamente pregona que nuestra alma es inmortal, sino que además inscribe sobre nuestras tumbas y en las puertas de los cementerios esta palabra grande y hermosa: *«Resucitaremos»*.

## II

### RESUCITARÁ TAMBIÉN EL CUERPO DEL HOMBRE

Aunque muera nuestro cuerpo y se haga polvo, resucitará algún día. Porque sino quedaría frustrado el designio más hermoso del Omnipotente.

¿No merece el cuerpo humano que el Creador lo resucite de entre los muertos? Entre las cosas materiales, sin duda es el cuerpo humano la obra más hermosa del Creador. El sol primaveral es hermoso, pero más hermosa es la sonrisa de un niño. Un amanecer es bello, pero más bella es la mirada de un joven que vive en gracia? Es encantador el trino de los pájaros, pero más encantadora es la voz humana que alaba a Dios y canta sus grandezas?

¡Qué hermoso tuvo que ser el ser humano al salir de las manos del Creador y reflejar en toda su pureza la semejanza divina! ¡Qué hermoso debió de ser, si aun hoy, corrompido por el pecado, sobresale en tan alto grado sobre todo cuanto le rodea!

Decidme, pues, ¿es posible que Dios permita que esta obra suya, tan admirable, perezca para siempre? Las estrellas brillan hace milenios, y su luz todavía no se ha apagado. La tierra ha visto miles de primaveras, y su fecundidad no se ha agotado. Las fuentes saltan a borbotones; los robles crecen; las montañas se yerguen hacia las alturas..., y la suerte del hombre ¿no será más que pasar unos pocos años en este mundo para terminar, después de todo, en la tumba y en la nada?

Pero aún hay más. Las propias obras del hombre ¿no sobreviven al que las hizo? Ahí están muchos de sus edificios; hace cientos de años que se construyeron y todavía están en pie. Pero ¿dónde están sus constructores? En las calles y plazas hay estatuas erigidas hace decenios; las estatuas están ahí, y los que la esculpieron ya hace años que murieron. El hombre encarga su retrato, y esa copia, ¿ha de vivir más años que el original, que fue creado por el mismo Dios omnipotente?

El alma en estado de gracia viene a ser un templo vivo del Dios. Piedra y mármol, seda y oro..., ¿qué son en comparación con un alma pura que es templo vivo de Dios? Mira al hombre que reza arrodillado ante su Dios. Mira esos labios que rezan. Mira esos ojos que están clavados en la blanca hostia. Mira ese corazón que arde de amor. Mira esas manos que se juntan en actitud orante... ¿Todo esto ha de ser aniquilado definitivamente?

¿Y ha de ser aniquilado el cuerpo que, en el bautismo y en la confirmación, fue santificado por la virtud del Espíritu Santo, y que en la comunión recibió tantas veces el Cuerpo de Jesucristo? El Hijo de Dios asumió cuerpo humano para redimirnos. Sufrió muerte para triunfar de la muerte. Resucitó glorioso para que también nuestro cuerpo resucite para siempre.

¡Sí, hermanos! Para nosotros es santo también el cadáver. Por esto nos emocionamos al verlo; por esto no lo arrojamos en una fosa a la vera del camino. Nos despedimos de él con santos responsos, lo acompañamos al cementerio, bendecimos el sitio en que va a descansar y ponemos en su tumba esta inscripción: «Aquí descansa N. N. (q. p. d.) en la esperanza de una dichosa resurrección.»

Sí, «*jen la esperanza de una dichosa resurrección!*» El hombre muere, lo ha merecido por su culpa; pero después de la primera vida resucita para una segunda.

Séame lícito aducir el siguiente símil: Así como la oruga, que se arrastra por el suelo, se encierra inmóvil en la tumba del capullo, pero después se lanza con nueva fuerza, con un nuevo y hermoso cuerpo, y la mariposa de irisados colores ya no se posa en el polvo, sino sobre las corolas de las flores, de modo análogo el cuerpo humano al morir es sepultado en la tumba; pero después, libre ya

de toda pesadez, resucita en una forma gloriosa. Que ello es verdad nos lo asegura Jesucristo.

«No habrá resurrección, porque no se entiende cómo puede haber otra vida» —dicen los incrédulos. ¡Ah! ¿Comprendes, acaso, cómo se ha hecho la primera vida? ¿Quién lo entiende? Y si Dios ha podido dar una vida que antes no existía, ¿no podrá devolver la que ha existido ya?

Sí; habrá resurrección y hay vida eterna. Por eso, cuando me sea muy difícil seguir las sendas de la honradez, diré para alentarme: ¡Hay vida eterna! Y cuando quiera el pecado arrastrarme hacia el abismo, diré una y muchas veces: ¡Hay vida eterna!

\* \* \*

Hermanos: Ya están a punto de cerrarse las puertas de los cementerios... La luz de las velas empieza ya a apagarse... Otra vez se quedan solos nuestros amados difuntos... Pero en este reino del perecer se yergue consoladora sobre las tumbas silenciosas, mirando hacia la altura, la cruz triunfadora de Jesucristo.

«Se marchita la rosa; cae la hoja. ¿Para esto nacemos? ¿Es éste el objetivo de nuestra vida? ¿Hasta aquí dura la carrera y nada hay más allá? O, más bien: el hombre ¿no hace más que pasar?...»

«Se marchita la rosa; cae la hoja. ¿En vano cree el hombre, en vano espera? ¿No hay nada que brinde consuelo más allá de aquella fosa, nada que nos prometa una nueva primavera?... Abrazando la tumba, solloza una madre. Se encienden las estrellas y aparece la luna..., y allá arriba, en el árbol de la cruz, el viento susurra: «Se abre la rosa; brota de nuevo la hoja» (JUAN VAJDA).

## VIII

### LA ESPERANZA EN EL "OTRO MUNDO"

El cristianismo da pruebas de una valentía poco común al hablar de la muerte, mientras el mundo prefiere olvidarla y no hablar de ella.

¡Qué extraño es el modo de pensar de los hombres! La verdad más conmovedora, la realidad más ineludible de la vida es la muerte..., y con todo, no es de buen tono pensar en ella; a nadie le gusta hablar de la muerte.

Los periódicos traen a diario esquelas mortuorias; continuamente nos llegan noticias de casos de muerte repentinas; a cada paso nos encontramos con cortejos fúnebres..., y, a pesar de todo, la gente esconde la cabeza, como el avestruz, para no tener que atreverse a mirar de frente a ese poder inevitable e invencible.

En cambio, los que somos creyentes no tenemos motivo de esquivar el pensar en esta verdad tan seria y profunda; porque si bien es seria y profunda la realidad que nos aguarda, no deja de ser consoladora por la esperanza que nos depara.

En las tumbas de los antiguos Faraones del Egipto se han encontrado semillas de trigo que, sembradas bajo tierra, después de tantos siglos, todavía tenían la capacidad de germinar y desarrollarse.

También nuestro cuerpo sepultado germinará un día para una nueva vida.

Es lo que nos afirma la esperanza cristiana. Porque esperamos en otra vida que no acabará: I, miramos de otra manera los acontecimientos de esta vida terrena; y II, soportamos de otro modo los sufrimientos de esta vida.

## MIRAMOS DE OTRA MANERA LOS ACONTECIMIENTOS DE LA VIDA

¡Qué terrible debe ser vivir sin la esperanza de que haya otra vida, la vida eterna!

Luché durante toda mi vida, me fatigué, y ¿qué me quedó al final? Nada; nada más que esta única certeza: he de irme.

Si fuese un animal irracional este pensamiento no me dolería. Al combate van juntos el jinete y el caballo, donde probablemente les acaecerá el sufrimiento y la muerte; pero el caballo no se lo preguntará nunca, sólo el jinete puede preguntárselo: ¿por qué?, ¿por qué todo esto?

Un niño está parado en la calle. En la mano tiene un helado. Se lo va comiendo, al mismo tiempo que llora desconsolado.

—¿Por qué lloras, niño, si estás degustando un helado tan rico? —le pregunta un transeúnte extrañado.

—Lloro —contesta el niño— porque cada vez que le doy un mordisco, se hace más pequeño y se me va acabando.

Realmente también en la vida hay motivos para llorar, llorar porque se va acortando la vida de nuestras manos,

Pero solamente puede entristecer este pensamiento a quien no espera que haya otra vida. Porque si tengo la santa convicción de que la muerte no es más que un tránsito, mas no el término de mi vida, entonces veré con otros ojos esta vida terrena y los deberes que implica. Me fijaré otros objetivos, trazaré otros planes, tendré otros deseos, me señalaré otros cometidos. No estimaré en exceso la vida que se acaba, aunque tampoco la despreciaré. No querré asegurar sus goces y comodidades a cambio de cualquier cosa, aunque tenga que vender mi alma. Porque, justamente, ésta es la única y verdadera muerte: ofender a Dios, hacer el mal, cometer un pecado, matar mi alma, apagando en mí el fuego del Espíritu Santo.

No has de ver la muerte de lejos, pensando que todavía está lejos... ¡Ah!, tienes que verla cómo si te pudiese ocurrir hoy mismo.

Pero —objetan algunos—, el pensar continuamente en la muerte, en la caducidad de la vida, en la espada de Damocles que me amenaza constantemente, ¿no es fuente de turbación, que quita los ánimos para trabajar?

De ninguna manera. Más bien sucede lo contrario; incita a trabajar poderosamente. Basta mirar a los campesinos cómo recogen el heno cuando la tempestad ya se cierne y está a punto de estallar sobre sus cabezas; ¡con qué diligencia, con qué apremio redoblan su trabajo para acabarlo cuanto antes! Nuestra vida terrena se parece a esta recolección del heno.

Si el 1.º de enero pudiéramos estar seguros de morir el 31 de diciembre... ¡qué diferentes serían nuestra forma de pensar, nuestro trabajo, nuestro comportamiento! ¡Cuántas preocupaciones intrascendentes desaparecerían! ¡A cuántos miraríamos con más amor! ¡Qué gratitud sentiríamos por disfrutar de un hermoso día de sol o de una buena comida! ¡Qué poco interés pondríamos en estar al tanto de las noticias, de la política, la Bolsa, la economía o la moda!

¡Cómo nos acordaríamos de nuestros familiares que ya partieron a la otra vida! ¡Cómo rezaríamos por ellos, para que cuanto antes se purifiquen de sus culpas y vayan al cielo!

Es la fe en la vida eterna la que le llevó a San Pablo a decir: «*No os entristezcáis como los hombres que no tienen esperanza*» (1 Tes 4, 2).

Porque nuestra esperanza no defrauda, pues está fundamentada en las mismas palabras de Cristo: «*El que crea en mí y vive en mí, aunque haya muerto, vivirá*» (Jn 6, 25).

Esta esperanza cristiana en el otro mundo explica aquella fuerza educadora, extraordinariamente eficaz, que nace del testimonio de un padre o una madre verdaderamente cristianos, al momento de morir. ¡Cuántos hijos frívolos, que causaron a sus padres amarguras sin cuento mientras vivían, cambiaron por completo y se volvieron juiciosos al ver morir cristianamente a sus padres!

## II

### SOPORTAMOS DE OTRA MANERA LOS SUFRIMIENTOS DE LA VIDA

A la luz de la fe en el otro mundo veré también de otra manera los dolores, las desgracias, las privaciones de esta vida presente. En la otra vida Dios hará justicia, aunque aquí haya sido injustamente condenado o despreciado.

El dominio inexorable de la muerte nos entristece, pero también proporciona muchas compensaciones. Si nos duele ser pobre, no tener cualidades, ser ignorado..., meditemos en la otra vida y así nos reconciliaremos con nuestra suerte.

La vida terrena es como una gran partida de ajedrez. Mientras dura la partida, hay reyes y reinas, alfiles y peones; pero en cuanto termina el juego son barridos todos del tablero, y todos se colocan de la misma manera en la caja. Lo mismo podíamos decir con nuestra vida; allá en la caja del ataúd ya no hay rey, ni peón, ni reina, ni alfil; no hay más que esto: el alma que se ha separado del cuerpo y que espera el fallo de la justicia divina, conforme a la manera que haya tenido en vivir cristianamente, observando los mandamientos de Dios y cumpliendo los deberes de su estado.

El cristianismo es la concepción más optimista del mundo, porque la fe en la vida eterna nos comunica fuerzas para soportar aun la vida más amarga.

Cuando la muerte inexorable va cortando con su guadaña millones de seres en torno nuestro, de suerte que nos tienta el pensamiento de que el hombre sólo vive para morir, aun entonces, el cristianismo sabe cantar el triunfo de la vida eterna.

Cada hombre, desde el momento de nacer, está luchando con la muerte. El uno corre de trabajo en trabajo; el otro, de goce en goce. Este pasa de un día de miseria a otro día de miseria; aquél, después de una noche de juerga, se despierta para un día de derroche; no importa; todos caminan hacia la muerte.

Y, a pesar de todo, Jesucristo es más poderoso que la muerte; precisamente por esto nos comunica fuerzas para la vida, por muy dura que ésta sea.



¿Has perdido toda tu fortuna? ¿Has consumido tu pequeño capital? ¿Han fallecido todos tus seres queridos? ¿Es amarga tu vida? ¿Has sufrido una desilusión? Lo mismo da. Dios orienta para tu bien último tu vida terrena.

Medita un poco. Aunque fueras el hombre más rico del mundo, ¿de qué te serviría al momento de morir y partir de este mundo? Y aunque fueses más pobre en esta vida que el mísero Lázaro, y hubieses de sufrir más que el Job de la Biblia, ¿te impediría eso granjear grandes méritos para el otro mundo sabiendo vivir haciendo la voluntad de Dios?

¡Qué admirable fuente de energías ha sido siempre en los momentos de la desgracia, y lo será siempre, esta fe en el otro mundo! El 26 de marzo de 1827 murió uno de los más grandes músicos del mundo, Beethoven. En el cenit de su gloria se quedó completamente sordo. En 1822 quiso dirigir personalmente su ópera *Fidelio*. En los ensayos se da cuenta de que apenas oye a la orquesta y a los cantores. Le asalta la terrible sospecha: ¡me he quedado sordo!

¿Podía acaecerle desgracia más terrible? ¿Y cuál fue su actitud? ¿Se desesperó? ¿Se suicidó? No. Aceptó su suerte. Beethoven no se abatió, pues creía en la vida eterna.

Quizá convenga citar ejemplos más recientes. Pues aquí van dos cartas. Es lo que les sucedió no hace mucho a dos hermanas.

Margarita y María perdieron a su madre. Poco después tuvieron que separarse por las circunstancias de la vida. Y siguieron carteándose frecuentemente. Aquí van dos cartas suyas. No me las he inventado yo.

La primera:

«25 de octubre de 1929.

Mi querida hermana María:

Acabamos de llegar con Juan del cementerio, adonde fuimos para llevar, a la tumba de nuestra pobre mamá, dos hermosas macetas de blancos crisantemos. Ahora te toca a ti rezar por ella, y por papá, y por José, y por las demás almas buenas que nos precedieron en el camino de la patria eterna.

¿Dónde estaremos nosotros dentro de cien años?

Para entonces habrá ya nuevos rostros, otros hombres en este mundo...

Me hago a la idea de que la humanidad es como un gran río: el pasado, el presente y el porvenir... va fluyendo de un infinito al otro, y durante un breve rato atraviesa la provincia de la «vida terrena», en que estamos ahora. Hay, sí, otro mundo, pero resulta tan diferente, hasta tal punto «otro», que no podemos hacernos ni siquiera una idea de cómo es. ¿Cómo podría el grano que germina en el suelo, y que lucha con la oscura tierra, imaginarse un mundo tan distinto, de luz, aire y calor, en que despuntará algún día? ¿Y cómo podría imaginarse que él va a florecer allí y vestirse de con unos colores y una fragancia indecibles? ¡Y muchos menos imaginarse los frutos a qué dará lugar! ¿Ves?, esto es lo que me gustaría hacer en la eternidad. Yo no anhele un «descanso eterno», sino una actividad eterna.

¡Qué lejos he volado con mis pensamientos!

En la tumba de nuestra buena mamá hemos depositado las flores. Pero no pienses en la tumba si quieres encontrarte con ella. Busquémosla allá, donde no hay muerte, es decir, junto a Dios. Aquél no es un lugar, es el cielo..., la prolongación de esta vida pero a escala sobrenatural, en la que ya no existen las dimensiones de espacio o de tiempo. Preparémonos nosotras, teniendo paciencia, aceptando los males que nos visitan, perdonando, amando. ¡Pasa tan aprisa esta vida terrena! Pronto nos encontraremos todos en esa vida más dichosa, espiritualizada, no sujeta a sufrimientos ni enfermedades corporales...»

Aquí termina la primera carta.

Voy a leer unas líneas de la carta en que le contesta su hermana:

«Perecer, perecer... Pronto o tarde, todo perece, tanto lo agradable como lo que nos hace sufrir. Los niños crecen; nosotros vamos desapareciendo; después serán estos niños los que un día

empezarán a envejecer. No vale la pena que nos preocupemos tanto por esta vida, por estar cómodas, por tener cosas. Las cosas no podremos llevarlas con nosotras. ¿Para qué asirnos a esto que de todos modos no podrán guardar nuestras manos o que se escurrirá de ellas? Lo único necesario es el Absoluto, el Inmutable; lo que es eterno.

Yo hace tiempo que «he muerto», en el sentido de que he depositado mis antiguas ambiciones, ilusiones, deseos y exigencias con mucha humildad a los pies de Aquel que me llamó a la vida y que puede tomármela en cualquier momento. Yo estoy resuelta a cumplir con mis obligaciones, y sólo Le pido que me conceda la gracia de poder educar a mis hijos, de no hacer mal a nadie, de conocer en cada momento Su voluntad para poder cumplirla.

¿Qué sabemos nosotras de lo que más nos conviene con vistas a la vida eterna? Por eso, pienso que les viene bien a nuestros hijos que se eduquen en la pobreza, que amen el trabajo bien hecho y la sobriedad, más que vivir en el bienestar que fomenta el egoísmo y aumenta el deseo de tener más comodidades y goces.

De esta manera acepto con gran paz interior todo lo que me pasa y doy gracias a Dios por las pequeñas alegrías de cada día.

A fin de cuentas, me siento mucho más dichosa que cuando quería hacer «mi propia voluntad» y así se lo exigía a Dios, imponiéndole la manera y el modo de cómo tenían que ocurrirme las cosas.

Me salvó de una neumonía y me envió una enfermedad de estómago. A mí, que quería ser una pintora de renombre... permitió que la pobreza se abatiese sobre mí, y me vi obligada a trabajar de empleada de hogar. Lo cierto es que todo es para mi bien.»

¡Qué diferente se ve esta vida cuando se tiene esperanza en la vida eterna!

SAN PABLO, el gran Apóstol de las gentes, habla cincuenta y siete veces en su Carta a los Romanos de esta realidad tan tremenda que llamamos muerte, y concluye diciendo: «*Ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí*

*mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos.» (Rom 14, 7-8).*

## IX

### CONSUELO PARA EL DIA DE DIFUNTOS

La muerte no es el final, sino un paso; es como si pasáramos de una casa a otra pisando el umbral. La muerte es el paso por el umbral.

Este paso por el umbral, la muerte, ¿es de veras una realidad? ¿Es una verdad santa, o no es más que brillante espejismo, inventado para consolar a los hombres desesperados?

Sí, es una realidad irrefutable, es una certeza santa. ¿Quién nos lo dice? ¿Quién lo prueba?

I. La razón; II. La voluntad, y III. El corazón del hombre.

#### I

En primer lugar, lo prueba la razón del hombre.

Todo ha de tener algún objetivo. No creo que nadie lo dude. El pequeño niño, apenas se despierta su razón, no para de preguntar sin tregua ni descanso: ¿Por qué? ¿Por qué es así? ¿Por qué es asá? Y no se te ocurra decirle que por nada. Porque entonces te preguntará: «Si no hay motivo, entonces ¿por qué es así?»

En cierta ocasión, San Francisco de Asís preguntó a un albañil: «¿Qué haces, hermano?» Aquél le contestó: «Trabajo todo el día.» —«¿Y por qué trabajas?» —«Para ganar dinero.» —«¿Y para qué necesitas el dinero?» —«Para pan.» —«¿Y por qué quieres pan?» —«Vaya, ¡qué pregunta! Para vivir.» —«¿Y para qué vives...» Realmente ésta es la gran pregunta, la cuestión definitiva: ¿Por qué vivo? ¿Cuál es el objetivo de mi vida?

Todo tiene su fin en este mundo. ¿Sólo el hombre va a carecer de objetivo? También en mi cuerpo cada fibra, cada nervio, cada vena, cada cabello tiene su objetivo; ¿sólo habría de faltar el objetivo al conjunto? Es necesario que yo tenga algún objetivo.

*Pero ¿cuál será mi objetivo? ¿Dónde está mi objetivo? Si no hay otro mundo, mi objetivo tiene que estar en esta tierra. Está claro. Pero ¿cuál es este objetivo?*

*¿Quizá la riqueza? Pero ¿es que la riqueza puede ser un objetivo digno del hombre racional? Por mucho que logremos atesorar, lo tendremos que dejar todo a los herederos, que se reirán de nosotros. Por mucho que las riquezas se multipliquen, no serán suficientes para hacer ricos a los hombres todos. Los infinitos pobres, que siempre existirán, ¿por qué han vivido? Y, además, una vez alcanzado el objetivo, se descansa. ¿Cuándo el rico deja de tener deseos? Nunca. Es que la riqueza no puede ser nuestro objetivo final.*

*¿Podrá serlo entonces el placer, el gozar continuamente? Tampoco, porque entonces la mayor parte de los hombres jamás alcanzarán su fin, por ser tan mezquina la parte que les cabe en los goces humanos. Y, además, cuanto el ser se acerca más al logro de su fin, tanto más se perfecciona. ¿Podremos afirmar que es el hombre tanto más perfecto cuanto más se zambulle en el placer? De ninguna manera. Quizá todo lo contrario. Quizá será entonces cuando esté menos satisfecho, más hastiado, más desilusionado.*

*¿Cuál será entonces el objetivo de la vida humana? ¿Quizás la gloria y el honor?*

*¡Ah!, sí; éste ya sería un pensamiento más digno; pero no basta; porque ¿cómo lograrán su objetivo tantos seres humanos que pasan desapercibidos durante toda la vida cumpliendo en silencio con su deber, sin que nadie los conozca ni los alabe?*

*Pero entonces, ¿dónde está el objetivo verdadero y definitivo de la vida? Es lo que se pregunta la razón que piensa, pronta a perder sus esperanzas.*

*Y no encontrando aquí abajo este objetivo final, levanta la mirada, contempla ese mundo que nos espera después de esta vida terrena, y entonces todo le parece claro.*

*Se está fabricando en un astillero un gigantesco trasatlántico. Voy observando los detalles: ¡cómo encajan las piezas, qué hermosura, qué precisión conforme a su fin! Pero si examino el buque en el astillero, siento inmediatamente esta impresión: no es posible que se le haya construido para este lugar, para estas*

circunstancias en que yo lo veo ahora (abajo estrecho, arriba ancho, con la hélice al aire..., ¿cómo se moverá andando sobre la tierra? Mas cuando lo botan al agua, ¡ah!, esto ya es otra cosa. Está en su elemento; ha encontrado su objetivo.

También el ser humano es una hermosa construcción; mas sentimos que su Creador no lo ha destinado para que viva definitivamente en esta tierra. Esta vida no es más que el prólogo en el gran libro de la eternidad. Nacimos para el cielo.

El gran filósofo y sabio del cristianismo, San Agustín, refiere el sueño interesante de un médico cartaginense. Genadio —que así se llama el médico— tuvo dudas respecto de cómo puede el hombre seguir viviendo aun después de la muerte del cuerpo. En sueños se le apareció un joven resplandeciente, que le preguntó:

—Genadio, ¿duermes ahora o estás despierto?

—Duermo —contestó el médico.

—¿Me ves? —siguió preguntándole el joven.

—Te veo.

—¿Con qué me ves? ¿Con tus ojos corporales?

—No, están cerrados. No sé con qué te veo.

El joven insistió:

—Genadio, ¿me oyes?

—Sí.

—¿Con qué me oyes? ¿Con tus oídos?

—No. No sé con qué te oigo.

El joven prosiguió:

—Genadio, ¿estás hablando conmigo?

—Sí, estoy hablando.

—¿Con qué hablas? ¿Con tu boca?

—No. No sé con qué te hablo.

—Pues, ¿ves? —dijo entonces el ángel—, tus sentidos descansan, y tú, no obstante, ves, oyes y hablas. Cuando llegue la hora de que tus sentidos descansen para siempre, es decir, cuando mueras, seguirás viviendo, oyendo, hablando y sintiendo.

Sí; la muerte no es un callejón sin salida, sino una avenida... Se cierra al ponerse el sol, mas se abre al alborear la mañana. (Víctor Hugo.)

Ampliando el mismo pensamiento, veamos cuán exacta es la inscripción que se lee en la puerta de nuestros cementerios: «Resucitaremos».

Es cierto, nuestro cuerpo ha muerto; pero no siempre ha de ser polvo, porque en tal caso quedaría truncado el hermoso pensamiento del Omnipotente.

*¿No merece el cuerpo humano que el Creador lo resucite de entre los muertos?*

Entre las cosas materiales, el cuerpo humano es, sin duda alguna, la obra más hermosa del Creador. El sol de mayo brilla con esplendor; pero ¿es tan brillante como la sonrisa del hombre? Hermoso es el amanecer primaveral; pero ¿no es más hermosa la mirada de un joven que se mantiene puro, en gracia de Dios? El cielo estrellado es espléndido; pero ¿qué es en comparación con los ojos cristalinos de un niño? Sonoro es el trino de los pájaros; pero ¿qué viene a ser junto a la voz humana? ¡Qué hermoso debió de ser el hombre cuando al salir de las manos del Creador irradiaba la semejanza divina! ¡Qué hermoso debió de ser, si aun ahora, afeado por el pecado, sobrepuja tanto a lo que le rodea?

¿Es creíble, pues, que Dios consienta que se aniquile del todo esta obra suya? Las estrellas hace ya muchos milenios que están brillando, y su luz no se apaga. ¡Cuántos miles de primaveras ha visto ya la tierra!, y a pesar de todo no se agota su fecundidad. Las fuentes brotan por doquier; florecen los valles; se yerguen las montañas, ¿todo, todo, va a durar siglos y sólo el hombre va a durar unos pocos días?

Aún más, las mismas obras del hombre están llamadas a sobrevivirle. En torno nuestro se alzan edificios construidos hace siglos y que persisten en pie. ¿Dónde están los constructores? Por las calles vemos estatuas, esculpidas hace decenios; la estatua se yergue todavía sobre el pedestal; el artista hace tiempo que murió. ¿Ha perecido del todo? El hombre pinta su autorretrato, ¿y esta copia tendrá que vivir más tiempo que el original, creado por el mismo Dios omnipotente?



No, esto no puede ocurrir. Más bien me imagino que así como el gusano que se arrastra por el polvo y se encierra en su capullo, como en una tumba, para después salir jubiloso a una vida nueva, con un nuevo y hermoso cuerpo de mariposa multicolor, y que no baja ya al polvo, sino que se posa caprichosamente sobre las flores, de modo análogo nuestro cuerpo, formado del barro de la tierra —cuerpo pesado, lleno de limitaciones, enfermizo— se esconde en el sepulcro, para dejar allí su pesadez, y al salir es ya noble, es ya espiritual, no puede sufrir, es ya más brillante que las estrellas del cielo.

Sí, hay una diferencia enorme entre el hombre que se deshace en polvo, encerrado en la sepultura, y el hombre que vive eternamente; pero ¿no hay también una diferencia enorme entre la crisálida que, inmóvil, parece muerta en el capullo y la mariposa de irisadas alas? ¡Y esta mariposa fue también un día larva inmóvil!

«No puede haber resurrección, porque no se entiende cómo puede ser esta segunda vida» —dicen los incrédulos. ¡Oh!, pero ¿comprendéis acaso cómo se hizo la primera vida? ¿Quién lo comprendió jamás? Y si Dios pudo entonces dar una vida que antes no existía, ¿no podrá devolver la que ya existió?

Sí, hay resurrección. Hay vida eterna.

Lo exige la razón humana. *Y lo exige también la voluntad del hombre.*

## II

La voluntad humana atestigua que hay vida eterna.

Con deseo vehemente anhelamos la justicia. Es un deseo tan innato a nuestra naturaleza, que el niño de cuatro años ya se pone triste —y no sabe por qué— cuando oye hablar de los sufrimientos injustos que la Cenicienta ha de padecer a causa de su cruel madrastra.

Pero *¿dónde está la justicia en esta tierra?* ¿No vemos a cada paso pisoteada la honradez y triunfante la maldad?

Si no hay vida eterna, y en ella una justicia perfecta, vana es nuestra fe en la justicia eterna de Dios.

*Y, sin embargo, no podemos soportar el pensamiento de que el mal triunfe sobre el bien.* La vida terrena está llena de disonancias; pero con todo sentimos que habrá satisfacción en alguna parte. No hay dramaturgo que se atreva a terminar su pieza haciendo triunfar la maldad. El público diría —y con razón—: «La pieza no está terminada.» Si bien en la música moderna hay muchas disonancias, al final estas mismas disonancias se resuelven en armonía. Es lo que esperamos también de la vida. ¿Es posible que venza el engaño? ¿Que venza el pecado? ¿Que venza el estafador?

Y, sin embargo, si el otro mundo no existe, entonces triunfarán ellos. Si no hay otro mundo, entonces no es verdad que «los molinos de Dios muelen despacio, pero con seguridad».

Si no hay otro mundo, entonces de cualquier manera que hayan vivido los hombres, a todos les cabrá la misma suerte: la descomposición en la tumba. Pero ¿quién se aviene con estos pensamientos?

Una Hermana de la Caridad está agonizando. Toda su vida no ha sido más que sacrificio constante de amor al prójimo. Muere de tifus; ha sido atacada mientras cuidaba a los enfermos. También agoniza en la misma hora un viejo libertino que durante su vida no hizo más que pecar. Al fin, también se muere el viejo vicioso después de una vida escandalosa. ¿Correrán ambos la misma suerte? ¿Es posible esta solución igual de las dos vidas?

La razón cabal rechaza tal solución.

### III

Nuestro corazón humano atestigua también que hay vida eterna.

*Nuestro corazón humano anhela la felicidad.* Fuimos creados de tal manera que *queremos ser felices.*

El hombre quiere ser *feliz*. ¿No oyes el clamor de millones y millones de seres que buscan la felicidad? ¿No ves el desasosiego con que buscan la felicidad?

Pero ¿dónde está la felicidad en este mundo? ¿En dónde hallarás la dicha perfecta, imperecedera, nunca turbada?

El hombre busca la felicidad intensamente, se afana y trabaja por encontrarla, de día y de noche, como los antiguos buscaban «la piedra filosofal»; y no la encuentra, como los antiguos tampoco encontraron la famosa piedra.

*Porque nosotros queremos la felicidad completa.* Dad al hombre todas las riquezas terrenas; se juzgará feliz durante unos días; pero después, desilusionado, preguntará: «¿No es más que esto?» Le pasa lo que a Alejandro Magno en el cenit de la gloria, que se echó a llorar diciendo: «¡Ahí están todavía las estrellas y no las puedo conquistar!»

*Queremos una dicha que dure siempre, que no se acabe.* Cuando más feliz se juzga el hombre, más le atormenta este pensamiento: ¡Todo esto pasará!... ¡Un día se acabará! ¡Qué profunda tragedia humana se presiente en la respuesta ingenua de un niño! Tenía un gran pastel en la mano; se lo iba comiendo con gusto y al mismo tiempo sollozaba desesperado.

—¿Por qué lloras, pequeño?—le preguntó con compasión un hombre que le vio.

—Porque todas las veces que doy un mordisco al pastel se vuelve más pequeño —contestó el niño sollozando.

¡Qué expresión más fiel de los sentimientos de nuestro corazón!

Si no hay otro mundo, entonces Dios está jugando con nosotros; infundió en nosotros un deseo que nunca podemos satisfacer. San Pablo expresó este pensamiento con términos asaz vigorosos: «*Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más desgraciados de todos los hombres*» (I Cor 15, 19).

Realmente, si nuestra vida hubiera de ceñirse a la existencia terrena, si no tuviera continuación en el más allá, seríamos más miserables que los animales, que los seres irracionales. Porque en tal caso la vida del hombre sería un enigma insoluble. ¿Por qué vive en nuestros corazones el deseo ardiente de una justicia perfecta, de una felicidad imperecedera, si nunca hemos de verlo satisfecho?

Los que nacieron entre las altas montañas, cuando llegan al llano, sienten una nostalgia profunda de las cimas cubiertas de

nieve, donde nacieron, y en donde pasaron muchos años de su vida; si en nuestra alma encuentra resonancia todo lo hermoso, bueno y verdadero, señal es de que viene de otra patria, de una patria inmortal donde moran la Belleza, la Bondad y la Verdad absolutas.

«En todo hombre vive el presentimiento de que más allá de la muerte encontrará a todos aquellos que se fueron antes que él» (HUMBOLDT).

«¡Con la muerte se acaba todo!» —fácil es decirlo—. Mas ¿cómo podrás creerlo al encontrarte junto al lecho mortuorio de tu amada esposa, de tu hijo querido? ¿Cómo podrás creerlo en los funerales de tu madre?

*¡El amor materno!* No existe en la tierra alguien capaz de amar con más ternura, con más capacidad de sacrificio que una madre. Nunca, nunca podré creer que con la sepultura del cadáver de mi madre en el cementerio, se haya perdido también mi madre. ¿Se ha terminado aquel amor que me cuidaba cuando niño, que me acompañaba cuando era ya hombre adulto? ¿Se ha perdido definitivamente? No. Nunca podré creerlo.

«¿Cómo podrá esta fosa, tan estrecha y pequeña, encerrar el amor de una madre?»

No. Nunca podré creerlo.

Anhelamos no solamente la felicidad, sino también la justicia.

Desde que el primer hombre dirigió una mirada interrogativa, escudriñadora, a las estrellas, una sed inextinguible atormenta al género humano.

Pero ¿qué es lo que hallamos de justicia en este mundo? Granitos diminutos. Fragmentos. ¿Qué es, por lo tanto, lo que nos hace anhelar con tal ardor la justicia perfecta? ¿Dónde la encontramos sino en aquella patria de la que tan magníficamente dice el epitafio de Newman: «De la sombra y de las imágenes pasó a la patria de la verdad»?

El hombre siempre siente su imperfección; siempre busca algo mejor, algo mayor. Somos viajeros; una meta nos espera en algún lugar.

El hombre busca la vida. Pero ¿tenemos vida? ¡Ah, qué vamos a tenerla! Lo que está en nuestra mano aquí en la tierra no es más que una migaja de la vida. No es más que una sombra. Es un capullo que no se ha desplegado todavía. Es una gota de néctar, cuya fuente deseamos alcanzar.

Sí, la humanidad siempre ha sentido que debe haber un lugar donde se cumplen nuestros deseos más nobles que viven en nosotros, pero no encuentran satisfacción aquí en la tierra.

¿Conocéis la leyenda de la madre que tenía un hijo sordomudo? El hijo murió sin haber podido pronunciar nunca, ni en una sola ocasión, el nombre de su madre. La madre pasó largos años sufriendo silenciosamente la pérdida tan dolorosa...; llegó a vieja..., murió, y he ahí que en la puerta de los cielos la recibe su hijo y con entusiasmo le grita: «¡Madre! ¡Madre mía!»

La vida humana nunca llega en esta tierra a su plenitud. Nunca llegamos a arreglar cuentas definitivas con nosotros mismos. Ha de haber, pues, otra vida, *vida de plenitud y de perfección*.

¡Qué conmovedora fue la confesión de Miguel Ángel, quien dos días antes de su muerte, después de noventa años empleados en crear obras magníficas, hubo de exclamar: «Dos cosas hay que me pesan: el no haber cuidado más la salvación de mi alma y el morir precisamente cuando empiezo a balbucir las primeras palabras de mi arte.»

Recordemos también las palabras de VÍCTOR HUGO: «Voy acercándome a mi fin, y oigo en torno mío, cada vez más distintas las inauditas sinfonías de los mundos, que me llaman. ¡Es una cosa tan maravillosa y tan sencilla! Hace medio siglo que voy escribiendo mis pensamientos en prosa y en verso. Lo he intentado todo; pero siento que no he expresado ni la milésima parte de lo que vive en mí.»

Sí; el hombre siente, con un sentimiento instintivo, ciertísimo, que debe existir ese lugar, ese mundo: el otro mundo.

Cuando silban en otoño los primeros vientos fríos nuestras golondrinas se ponen intranquilas. Un instinto irresistible las impulsa hacia el mediodía, hacia el sur, donde encuentran un nido caliente y comida segura mientras en nuestro país una capa de

nieve cubre la tierra. Aquella pequeña golondrina que nació este año aquí, en nuestra casa, y que todavía no ha visto el invierno, se va. La golondrina que nació en una jaula y nunca tuvo que preocuparse de la comida, se pone intranquila; y si la soltamos se va. ¿Adónde? Lejos, a un país donde invernar, a un país que nunca ha visto, cuya existencia no conoce.

¿Qué es lo que les impulsa a las golondrinas a viajar? Nos lo dice la biología: el instinto.

¿Y si las golondrinas se equivocaran? Si allá abajo no las esperara calor, sino hielo, cierzo y muerte, ¿tendría sentido aquel instinto? No. La naturaleza las habría engañado. Pero la naturaleza... no suele tomar el pelo. Por este motivo, si la golondrina pudiera pensar, diría: «Es seguro que hay otro mundo; porque me lo asegura el instinto.

La golondrina no piensa; pero pienso yo y digo: «Ha de haber otro mundo, porque mi razón, mi voluntad y mi corazón me lo dicen de común a cuerdo.

Debe haberlo, porque muchos hombres de gran valía tienen la impresión de que todo en esta vida es un párrafo empezado, un trabajo a medio hacer; siempre los tortura alguna desazón; sienten que ha de haber un lugar donde todo sea perfecto y sin defecto.

Había un violinista que se le metió en la cabeza el deseo de aprender la melodía más hermosa del mundo. Iba por los bosques para sorprender el canto de los pájaros. Y llegó a tocar su violín con tal primor y encanto, que todos los que le oían se imaginaban escuchar el canto de la alondra y del ruiseñor. Era muy hermoso; pero no lo bastante para nuestro violinista.

Salió, pues, a escuchar la suave brisa con el fin de sorprender su dulce música. Salió a escuchar el huracán desatado para aprender sus bramidos salvajes. La voz del violín se parecía entonces al suave murmullo de ramaje, y otras veces tronaba como la tempestad que doblega los robles. Aquello era sublime, y con todo no era bastante para nuestro violinista

Se puso a observar las aguas. Y remedaba con su violín el murmullo del arroyuelo montañés y el sonido que dan las olas encrespadas y el cuchicheo de los pequeños hilos de agua en que

refulge el sol. Aquello era magnífico; pero nuestro hombre no se daba aún por satisfecho.

Entonces se fue en medio de los hombres. Recogió todas las canciones alegres de la juventud, las piezas movidas para bailar y también las melodías tristes, y tocó lo que se canta en la iglesia. De cuando en cuando sentía un estremecimiento en su corazón, cuando escuchaba una melodía que brotaba de lo más profundo del alma humana; pero ni aun así pudo encontrar el canto más hermoso, que con desazón había buscado durante toda su vida.

Mientras tanto el pobre violinista ve que sus días se acaban. Su cabellera se vuelve blanca. Las arrugas de la vejez cortan su rostro. Un día se pone mortalmente enfermo.

Y en el lecho del dolor..., he ahí..., de repente... oyó desde lejos una música maravillosa... ¡Esta es!» Esta es la canción que buscaba durante toda su vida; la canción más hermosa, más sublime. Reúne todas las fuerzas que le quedan, coge su violín, sus manos se estremecen, sus dedos tiemblan, y se pone a tocar. Es la canción que ha buscado y presentido durante toda su vida, la más hermosa de las melodías..., y en el momento de terminarla se rompen las cuerdas del violín, y el enfermo fallece.

Ha encontrado la más hermosa de las melodías a las puertas del reino eterno de Dios.

Señor: Te pedimos que al final de nuestra larga vida sirviéndote, también nosotros podamos encontrar la canción más hermosa, para poder cantarla por los siglos sin fin ante tu majestad divina.

## X

### ¿QUÉ HAY MAS ALLÁ DE LA MUERTE?

No hay diversidad de criterios entre los hombres respecto al hecho de que todos hemos de morir; la controversia se entabla sólo respecto de lo que ha de venir después.

No fue el cristianismo quien propuso por vez primera este pensamiento de la vida eterna; el cristianismo no hizo más que robustecerlo y levantar a certeza por la fuerza infalible de las palabras de Cristo el deseo, el afán y aquel presentimiento casi instintivo que ha removido siempre al hombre en lo que se refiere a la continuación de la vida terrena y a la nueva forma de vida que seguirá a la muerte.

*Todos hemos de pasar por la puerta de la muerte*

a) Ezequías, rey de los judíos, estaba en cama gravemente enfermo, cuando se le acercó el profeta Isaías y le comunicó el mensaje del Señor: «*Dispón tus cosas, porque vas a morir; va a acabar tu vida*» (4 Rey 20, 1).

«*¡Vas a morir!*» Como un relámpago cayó la palabra de labios del profeta, y el alma del rey se estremeció dolorosamente. Se volvió con el rostro hacia la pared y empezó a orar. «*¡Ah! Señor, acuérdate, te suplico, que yo anduve siempre delante de Ti con sinceridad y rectitud de corazón, haciendo lo que es agradable a tus ojos*» (4 Rey 20, 3). Así rezó aquel rey estremecido. Después se echó a llorar amargamente.

«*¡Vas a morir!* —dijo el profeta—. ¡Ah!, ¿quién de nosotros no se habría deshecho en llanto al oír semejante noticia? «¿Morir?» No. ¡Yo no quiero morir! ¡Quiero vivir!» ¿No es lo que diría cualquiera de nosotros?

b) Sí, el hombre quiere vivir.



¡Cuántas cosas hizo el hombre antiguo para vencer las enfermedades! Y cuando la muerte salía triunfadora, los hombres se consolaban erigiendo una pirámide, un monumento de mármol, una estatua, una columna, una lápida con un epitafio; todo para que viviera, para que siguiera viviendo..., y no obstante, había muerto.

«Si se termina la casa, hay que morir», dice un adagio árabe; de ahí que el árabe no termina nunca su casa.... y, a pesar de todo, muere.

Las empresas funerarias de Estados Unidos resolvieron recientemente no pintar los ataúdes de negro, sino de todos los colores del arco iris, para mitigar el ambiente triste de los entierros...; a pesar de todo, los hombres siguen muriendo.

Suele decirse que todos los caminos llevan a Roma. Y, sin embargo, sólo de la muerte puede decirse con derecho que es el punto en que se encuentran todos los caminos del mundo. Nada más absolutamente cierto que la muerte. «Seguro como la muerte», se dice, refiriéndose a las cosas completamente ciertas.

Veamos con qué emoción describe el Libro del Eclesiastés (1, 2-3) este poder inexorable de la muerte: «*Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?*»

«*He observado cuanto sucede bajo el sol y he visto que todo es vanidad y aflicción de espíritu*» (Eclesiastés 1, 14).

«Nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon; ni prohibí a mi corazón el que gozase de todo género de deleites... Mas volviendo la vista hacia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me afané, vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu y que nada hay estable en este mundo» (Eclesiastés 2, 10-11).

c) Bócklin tiene un cuadro relativo a «las cuatro edades de la vida». En primer término se ve una pradera, con un arroyuelo, a cuya orilla hay dos niños que juegan despreocupados. A la derecha, en medio del cuadro, hay una mujer joven, con un ramillete de frescas flores en la mano. A la izquierda, un caballero, con expresión de valentía en su rostro, que montado en su corcel se lanza al camino de la vida. En último plano, un anciano cansado

y achacoso, que está sentado en una especie de colina que se levanta sobre las negruras de un antro. Apoyándose en su bastón está mirando hacia la lejanía; así espera la muerte, que se acerca imperceptiblemente por la espalda. Del antro fluye incesantemente el agua de una fuente, símbolo del tiempo que corre de continuo; y sobre el antro se lee esta inscripción: «La vida es un breve sueño».

Lo es, en realidad. ¿Qué dice el Salmista dirigiéndose a Dios? *«Mil años son ante tus ojos como el día de ayer, que ya pasó, y como una de las vigiliias de la noche. Nada son todos los años que vive el hombre. Pasan los días como el heno; flores por la mañana que se marchitan; por la tarde inclina su cabeza y se deshoja, y se seca»* (Sal 89, 4-6).

La vida es un breve sueño. Y hay que despertar de todos los sueños. La muerte es el despertar del sueño de la tierra para la vida eterna.

B) Todo hombre ha de pasar por esta puerta de la muerte, porque dice la Sagrada Escritura: *«Está decretado para los hombres el morir»* (Hebr 9, 27).

a) Gerardo Kempis, hermano de Tomás, se hizo construir un palacio magnífico e invitó a sus amigos para que lo admirasen. Todos no dejaron de ensalzar la casa; no hubo más que uno que le opusiese algún reparo.

—Tu palacio es magnífico —dijo—; pero con todo yo te aconsejaría algo.

—¿Que?—preguntó el dueño.

—Haz tapiar una puerta.

—¿Cuál?

—Aquella por la cual te sacarán un día para llevarte al cementerio...

¡Ah, sí!: pero esta puerta no se puede tapiar.

Porque la muerte no es solamente un huésped desagradable del que el hombre no se puede librar. ¡Ah!, no. Es miembro de la familia; tiene su puesto en el hogar, y no se compadece ni de los jóvenes ni de los viejos.

Hay hoteles en los balnearios que ostentan este rótulo orgulloso en su fachada: «Aquí se curan los enfermos.» Y así es;

más o menos se curan. Pero no hay en el mundo un solo sanatorio, un solo hotel de balneario que se atreva a poner en su fachada esta inscripción: «Aquí no muere nadie.» No. No hay ninguno.

b) ¿Quién no se asombra al contemplar en algún cementerio o en las lápidas de las antiguas catedrales el dominio soberano de la muerte? ¡Cuanta pompa, cuánto poderlo, qué riqueza, qué lujo hay enterrado bajo esas losas mudas!

Monarcas para los cuales era pequeño el mundo entero, ahora se contentan con una estrecha concavidad, que pregona de un modo palpable la verdad de la Sagrada Escritura: «*Nada hemos traído a este mundo; y sin duda tampoco podremos llevarnos nada*» (1 Tim 4, 7).

o) La muerte no tiene acepción de personas, ni parcialidad. Es secreto especial de Dios a quién y cuándo le toca la muerte, secreto que nosotros nunca llegaremos a penetrar.

Hay millares de hombres para quienes sería una redención la muerte; millares cuya muerte sería una redención para sus próximos allegados, y estos tales viven, y viven durante largos años. En cambio, otros de quienes todavía necesita la familia, que podrían hacer tanto bien, que tanto podrían trabajar..., han de irse. ¿Cómo se comprende? Solamente puede entenderlo quien lee en la Sagrada Escritura las palabras del Señor: «*Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los míos*» (Is 55, 8).

«*Está decretado a los hombres el morir*»; por tanto, nada hay tan cierto en la vida como el que hemos de morir.

«No es cierto que si nos dormimos despertaremos; que si emprendemos un viaje llegaremos; que recogeremos la mies que hemos sembrado; que podremos conservar lo que hemos ganado. No es cierto que se abrirá la rosa; que siempre habrá una migaja de pan..., que crecerán todo árbol, toda flor, todo niño; que permanecerán inmóviles las montañas; que nunca se trocará en «crueldad» la «justicia», y en luto y pesar la alegría....

No es cierto que aquel por quien hoy se abrasa nuestro pecho mañana será todavía objeto de nuestro amor; que podremos cumplir mañana lo que prometimos hoy. Nada, nada es cierto aquí. No obstante, edificamos, confiamos, esperamos, atesoramos, nos

divertimos, nos entusiasmamos, prometemos..., y apenas pensamos en que sólo hay una cosa cierta del todo: el que hemos de morir.

C) Si esto es así —por muy dura que sea la realidad—, es más prudente familiarizarnos con esta idea y prepararnos con ánimo serio y cristiano para este momento trascendental.

Quiero subrayar estos adjetivos serio y cristiano; porque el mundo moderno y frívolo muchas veces se pone a jugar con el mismo pensamiento de la muerte.

La familiaridad del cristiano con la muerte es distinta. Se pregunta con frecuencia: ¿Cuándo vendrá la muerte a buscarme? ¿Qué día? ¿Cómo? ¿Por sorpresa, como el ladrón? ¿Me acometerá como un bandolero? ¿En casa? ¿En la esquina de la calle? No lo sé. Por esto siempre he de estar preparado; tengo que tener en orden mi alma para ese momento, sea cual fuere.

Diariamente mueren cientos de miles de hombres. Hay entre las víctimas hombres de todas clases: ricos, barrenderos, obreros, gitanos; todos llegan mezclados para el juicio. De vez en cuando llega un rey, un obispo, un Papa... Pero no tienen ya distintivo alguno, van sin corona ni tiara; no ostentan ya la púrpura sobre sus hombros..., no se admite más que un solo vestido: el manto blanco de la gracia santificante. Este es el vestido de entrada en el reino de los cielos.

Todo el que lleve este «vestido nupcial» (Mt 22, 12), sea cualquiera el oficio que tuvo durante su vida, verá cómo se abren delante de sí las puertas del reino de Dios. Quien no lo lleve, por muy grande que haya sido el número de condecoraciones depositadas sobre la almohada delante de su ataúd, no se salvará. Porque para ir allí no llevamos nada con nosotros..., ni condecoraciones, ni autos, ni tierras, ni libretas de cuenta corriente, nada, absolutamente nada; sólo lo que vale nuestra alma. No podemos llevar lo que hemos tenido aquí, sólo llevaremos lo que hemos sido... Así se familiariza el cristiano con el pensamiento de la muerte.

*«Está decretado a los hombres el morir una sola vez. y después el juicio» (Hebr 9, 27).*

¿Qué tal será esta muerte y cuál el juicio que la seguirá?  
¿Qué tal será la muerte?

Hablando con rigor, la misma vida terrena es un morir continuo. Es una lucha constante con las enfermedades, la vejez y la muerte. Nos parecemos al pájaro que está en la rama del árbol. Debajo de él va creciendo el agua de la inundación, y el pájaro va saltando cada vez más alto, de rama en rama. Pero cuando siente que las aguas llegan a cubrir las últimas ramas y que ya no hay salvación, despliega sus alas y se marcha volando. También hacemos nosotros toda suerte de equilibrios durante nuestra vida terrena, hasta que no podemos más. Cuando todo se acaba, ya no queda más remedio para el alma que desplegar las alas y emprender su vuelo: es la muerte.

Cuando el cuerpo del fallecido se queda rígido después del último estremecimiento, cuando se para el corazón después del último latido, todos sentimos que nos aprieta una emoción grande y un dolor y una angustia de verdad indecibles. Dentro de nosotros se agolpan los interrogantes: «Tu cuerpo está aquí; pero en estos momentos ¿qué pasa con tu alma? ¿Cómo fue ese instante en que tu alma, abandonado ya el cuerpo, compareció ante el tribunal divino? ¿Y cuál fue el fallo? ¿Dónde estás ahora? ¿Infinitamente lejos de nosotros o completamente cerca? ¿Nos conoces todavía? ¿Te acuerdas aún de nosotros, tus familiares, tus amigos? ¿O lo has olvidado todo lo de esta vida terrena?...»

¿Cómo puede ser el momento de la muerte? Nadie lo sabe, porque el que ya lo ha probado no nos lo puede contar.

¡Qué momento aquel en que el instinto de la vida quiere agarrarse espasmódicamente, por última vez, a la vida!... Pero ¡llega la muerte! Todo desaparece; todo se envuelve en oscuridad, como si hubiésemos llegado a un negro túnel. ¿No has soñado alguna vez que caías en un abismo? Con las manos y los pies atados..., no puedes moverte... quieres gritar, pero no sale la voz de tu garganta.... caes, caes... ¿Será así el momento de la muerte? ¿Quién puede decirlo?

En el momento de la muerte se abre ante el alma el «otro mundo»... Pero ¿cómo será esta primera mirada en el reino inconmensurable de la luz infinita? ¿Será, acaso algo así como cuando la rosa cae en el mar y sus blancos pétalos quedan

rodeados por las olas, que van meciéndolos? ¿Quizá yo también me sentiré rodeado, empapado y revestido de fulgor deslumbrante en medio de un mar de luces?

Esta es «la claridad eterna», que deseamos —como último mensaje y el mejor de los augurios— a los bien queridos que bajan a la tumba. Claridad que vivifica. Claridad llena de dicha. Claridad que hermosea. Claridad que es el mismo Dios, eternamente dichoso, infinitamente hermoso.

\* \* \*

En el cementerio de Génova puede verse esta inscripción sublime, que sólo consta de tres palabras: «Occido cum sole», «Me pongo con el sol». ¡Qué pensamiento más consolador! ¡No lloréis sin esperanza mi muerte! ¿Quién llora por el que se pone por la noche? Sabemos que al día siguiente brillará con esplendor mañanero. De igual modo yo bajaré a la tumba. «Me pongo», así como se pone el sol, y me levantaré resplandeciente, como el sol en el nuevo día.

Sólo así podemos comprender la promesa de Jesucristo.

¿Qué promesa?

La que hizo Cristo por vez primera arte el sepulcro de Lázaro para consolar a Marta, que lloraba la muerte de su hermano; pero que desde entonces sigue resonando como divino consuelo en este mundo y confortando nuestras almas, que lloran la muerte de los seres más queridos y que meditan con estremecimiento en la propia muerte: «*Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque huya muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá para siempre*» (14).

Me pongo como el sol; pero también como el sol brillaré de nuevo.

Esta es mi fe; éste es mi consuelo; ésta mi orientación de vida.

Dios haga que sea también un día mi galardón por toda la eternidad.

## XI

### EN EL DÍA DE LOS GRANDES RECUERDOS

El Día de los Difuntos es día de los recuerdos.

La gente acude a los cementerios para rezar por sus difuntos. Con amor recordamos a nuestros seres queridos que ya partieron de este mundo.

¡Qué exorbitante es su número! Millones y millones pisaron ya antes de nosotros la misma tierra que estamos pisando... ¿Dónde están ahora? ¿Qué les ha sucedido?

Nuestra fe cristiana nos dice que están viviendo la vida que nunca acaba.

Pero pensamos que nuestros queridos difuntos se fueron demasiado pronto. Y por eso, nos preguntamos: ¿Por qué? ¿Por qué nos habéis dejado tan pronto?

«¡Tan pronto!»

En realidad, a todos nos llega la muerte «pronto». Porque por muy larga que sea la existencia humana, resulta breve e insuficiente. No basta para que el hombre esté suficientemente preparado para partir. El hombre nunca llega a realizarse del todo en esta vida; de ahí que la muerte siempre le llegue pronto, por muchos años que tenga.

Pero ¿por qué hemos de morir? ¿Por qué hemos de partir todos? Quisiéramos vivir... y debemos morir. No acabamos de conformarnos con nuestra suerte...

Sin embargo, los que se fueron siguen viviendo; el alma no perece nunca.

Esto a algunos les suena a cuento de hadas. Pero es cierto. En contra de lo que nos dicen los sentidos, el hombre siempre ha tenido la convicción íntima de que el sepulcro no es la última palabra de la existencia humana.

El último artículo del Credo nos dice: «Creo en la vida eterna. Amén.»

Es decir, según la religión cristiana, todo ser humano tiene un don excelso de Dios: un alma inmortal. Y esta alma se ve acosada por el deseo de la Verdad completa, de la Hermosura perfecta, de la Bondad absoluta. En esta vida terrena, sin embargo, nadie puede hallarlas completamente; sólo la puede encontrar en la otra vida, después de pasar la muerte, quien ha vivido unido a Dios haciendo su voluntad y acogiéndose a su Redención.

No se puede acallar este deseo de vivir para siempre con placeres y alegrías terrenales, no podemos saciar nuestro corazón desasosegado que pide felicidad. No. No podemos. Aunque tengas todas las riquezas del mundo, aunque tengas un Rolls-Royce y vivas en un palacio..., siempre estarás insatisfecho.

Sólo Jesucristo se ha atrevido a decir: *«Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre»* (Jn 11, 25-26).

Palabras consoladoras, palabras que nos llenan de esperanza. Se viste de luto tanto el que ha perdido la fe como el creyente. Mas al incrédulo el sepulcro le habla solamente del pasado; al creyente, en cambio, le habla del presente y del porvenir. Para el creyente, la muerte no un final, sino un tránsito a la verdadera vida.

No solamente recordamos que nuestros difuntos se «fueron», sino que siguen viviendo.

Pero, si realmente siguen viviendo, y si son nuestros seres queridos, se desprende de este hecho un gran deber: Les debemos ayudar, porque ellos no pueden ayudarse a sí mismos.

¿Quién podría afirmar que está exento de todo pecado, que no tiene ninguna deuda contraída con Dios, que no le queda nada por reparar?

Es el caso en que se encuentran nuestros difuntos en el Purgatorio. Ayudémosles, pues. Las flores, las coronas, las velas, los monumentos funerarios, las lágrimas... son cosas muy hermosas..., pero poco les pueden ayudar.

¿Qué puede ayudarles entonces? Nuestro comportamiento, nuestras buenas obras, nuestras oraciones.



Si ayudo al pobre, al desamparado y al huérfano... por amor a los difuntos; si me domino a mí mismo, si renuncio a algo..., por amor a ellos. Si imploro a Dios que tenga misericordia de ellos..., les presto mi ayuda.

La vida borra de nuestra memoria los recuerdos más amados. «Conservaremos siempre tu recuerdo», puede leerse en las esquelas mortuorias. «¿Siempre?» Pasan unos años, y nadie habla ya del difunto.

¡Qué oportuno ha sido el cristianismo! Ha establecido por lo menos el *Día de los difuntos*, para que los recordemos, y pidamos por ellos, para que ofrezcamos nuestros sacrificios y buenas obras en beneficio suyo. Este es el verdadero amor; amor que es entrega, sacrificio, renuncia de sí mismo.

Y ésta es la verdadera solidaridad. Las oraciones y las buenas obras que ofrecemos por nuestros difuntos...

Ya ha pasado la época del individualismo —se nos repite a cada paso—, el futuro es de la solidaridad. Pero ¿es posible imaginarnos solidaridad más firme que la solidaridad de este día santo, en que los brazos del amor caritativo se extienden no solamente por encima de pueblos, fronteras y países, sino que rebasan los mismos límites terrenales?

Acodémonos también de nosotros mismos, que todavía seguimos acá abajo, y no sabemos hasta cuándo. Hoy todavía comemos y bebemos, nos divertimos, trabajamos, luchamos..., pero ¿quién sabe hasta cuándo? Podemos huir de pensar en esto, podemos rechazar la idea de la muerte con todas nuestras fuerzas, podemos declararle la guerra..., pero en vano. No hay cadena que la muerte no rompa con la misma facilidad con que el niño destruye una telaraña.

¿De qué se compone la parte material del hombre?

De unos pocos litros de sangre, unos kilos de carne y huesos, algunos metros cuadrados de piel... y nada más. Y no obstante, hay personas —¡y qué numerosas son!— que en toda su vida no se preocupan más que de mimar su parte corporal; adoran su cuerpo, y no tienen un solo minuto para dedicarlo a la otra parte de su «yo», a su parte espiritual: al alma.

Y sin embargo, la vida terrena no es la forma definitiva de la vida, no es un todo acabado, no es una chispa que hoy centellea y mañana se apaga..., sino que es un viaje continuo, que pasando por esta vida terrena, nos lleva hacia la vida definitiva que nos espera en el más allá. Esta vida eterna será de una felicidad indecible para el que haya pasado por esta vida terrena sintiéndose hijo de Dios y agradándole; en cambio, será un sufrimiento indecible para quien haya vivido y muerto alejado de Dios.

La vida humana solamente puede hacerse plenamente digna mediante la fe en Dios y en el otro mundo. Precisamente la convicción de que existe un más allá, una vida que nunca acaba, un mundo que dura eternamente, que sólo se alcanza con una vida honrada y religiosa, es el mejor impulso para obrar con rectitud, para trabajar honradamente en esta vida, para hacer el bien a los demás, aunque suponga en muchos casos llevar una vida heroica y olvidada de sí mismo.

El alma humana, que abarca con el pensamiento el pasado y el presente de todo el cosmos, es demasiado grande para poder encerrarse en una fosa de dos metros. Para el que cree no es un problema la vida, porque tampoco es para él un problema la muerte. El problema de la vida es propiamente el problema de la muerte.

## XII

### SOCIEDAD Y RELIGION

La tradición nos cuenta un detalle interesante de Leonardo de Vinci. Tenía una mano sobremanera fina, de modo que los dibujos más precisos y delicados de estudios anatómicos, que poseemos aún hoy, a él se deben; mas también se dice que cuando quería lograba romper una herradura con aquella mano tan delicada.

Al tener que hablar de la influencia que la religión ejerce sobre la vida moderna del Estado y de la sociedad, nos encontramos en circunstancias análogas: por una parte, debemos destacar aquellos influjos sutilísimos con que la religión va modelando imperceptiblemente el alma de los individuos en la vida diaria, y hemos de mencionar, por otra parte, aquella fuerza irresistible con que una firme convicción religiosa es capaz de mover masas ingentes, y aun naciones, y decidir la bienandanza o la desgracia de las mismas. Y es que la religión, así como es asunto el más íntimo y personal del individuo, es también el tema más trascendental de la historia de los pueblos.

#### I

El Estado se compone de individuos. El orden y el bienestar del Estado y de la sociedad serán conformes a los individuos que los componen.

El bienestar del Estado depende de las virtudes de los ciudadanos y en ellas descansa. Fidelidad, honradez, amor al trabajo, cumplimiento del deber, respeto a las leyes, virtudes familiares, etc., son otras tantas condiciones de una vida ordenada del Estado, y son, a su vez, fruto de la convicción religiosa. Imponerlas a viva fuerza, a voz de mando, es trabajo estéril.

Su fuente y su alimento son la religión, la fe en Dios y el sentimiento de responsabilidad. Si el Estado necesita de las

llamadas «virtudes cívicas», tanto más necesita de la religión, como productora de primer orden —aunque no la única— de esas virtudes. Tal consideración debió inspirar la convicción de Plutarco, según el cual resulta más fácil edificar una ciudad en el aire que sostener el Estado sin religión.

El Estado será moralmente fuerte y justo si son fuertes y justos individualmente sus ciudadanos. «Estoy convencido — escribe con acierto BÍSMARCK— que todo Estado, si quiere ver asegurada su existencia y mostrar su derecho a la vida, ha de estibar en bases religiosas... Si privamos al Estado de esa base religiosa no quedará de él más que un posible cúmulo de derechos.»

En los tiempos pasados ya hubo intentos de edificar Estados sin el temor de Dios; de edificarlos sobre las bases de la egolatría y de la naturaleza humana considerada fundamentalmente buena. Con la confianza puesta en la bondad natural del hombre, se pensó poder prescindir del principio de la autoridad. ¿Cuál fue el resultado? El caos en la vida intelectual y el dominio tiránico, en todos los órdenes, de los no llamados a gobernar. Mientras no cambiemos el proverbio dándole esta forma: «El derecho tiene la primacía sobre la fuerza»—; mientras no tengamos en mayor estima los valores espirituales que los reinos terrenales; mientras no haya hombres que aprecien más el ideal que las condecoraciones, los títulos y la fortuna..., no podremos hablar de renovación nacional y social.

Y es precisamente en este punto donde empieza su labor la religión, pues asienta el fundamento de todo Estado y sociedad educando al individuo. Por esto podemos afirmar que el más hábil cuerpo de policías no vale tanto como un pequeño Catecismo. De ahí que la religión sea el primer factor del orden estatal y social.

La religión es también el arma más poderosa para destruir las abominables excrecencias de la lucha por la vida. ¿Qué es lo que vemos en torno nuestro? Insaciable afán de lucro, lucha despiadada de los unos contra los otros, fracaso del hombre recto, triunfo de la fuerza, esclavitud de millones bajo la tiranía de Mamón, lucha intelectual, sequedad espiritual, desasosiego...

Cuando la materia oprime y aniquila hasta tal punto el espíritu que hay en nosotros, cuando hiere y atormenta con tal crueldad al

alma, hemos de asirnos con ambas manos a todo cuanto nos promete defender los valores espirituales. Es lo que hace la religión.

El lema de los pueblos seguirá siendo también en lo sucesivo ¡producción ilimitada, más fábricas, más oro, más lana, más conservas, más municiones, más autos!... Mientras que el alma humana, sedienta de valores eternos, desea, en vez de estas cosas, o —digamos mejor— junto a las mismas, algo más de refrigerio espiritual, de renovación, de recogimiento interior. Pero en la esclavitud, que nos impone la técnica, ¿quién puede reconocer de nuevo la dignidad humana? ¿Quién puede descubrir todavía una finalidad de valores eternos en la vida del individuo, rebajado a diminuta rueda de un ingente mecanismo?

¿Quién sino la religión?

En medio del agitarse de un mundo que no entiende más que de negocios y se pierde por completo en ellos; en medio del agitarse de un mundo para el cual el dinero y la felicidad son sinónimas, únicamente la religión puede poner orden y paz verdaderos; únicamente la religión, que asienta la transformación social sobre la transformación del individuo; únicamente la religión, que no carga la responsabilidad de los males que nos aquejan sobre las diferentes formas de gobierno y las diversas instituciones sociales, sino que busca su motivo en la inclinación latente que hay en el hombre hacia el mal.

Únicamente la religión comunica al hombre la libertad moral, primer postulado de la libertad cívica. Sin la influencia benéfica, suavizadora, de la religión, la libertad degenera en libertinaje, desenfreno, pasión impetuosa que lo arrolla todo; en cambio, cuanto más sobrio es el hombre, tanto más libre se ve de las pasiones destructoras, y tanta más libertad puede concedérsele.

Cuanto más domina el hombre las fuerzas interiores del alma, tanto menos necesidad tiene de barreras exteriores; de ahí se deduce que la libertad de gobierno, la autonomía política únicamente le corresponde, según derecho, al pueblo profundamente religioso.

Con hombres que veneran a Dios y cumplen sus mandamientos es mucho más fácil sostener el orden social que con aquellos

que no veneran a Dios y son esclavos de sus pasiones. No ironía, sino verdad, hay en la extraña tesis de Carlyle: «Nos hallamos frente a un mundo lleno de pillos; nuestra empresa es realizar una cosa honrada con la colaboración conjunta de los mismos.» Realmente, ¡es una empresa tremenda!

## II. LA RELIGIÓN Y EL RESPETO A LA AUTORIDAD.

La religión pregonaba que «todo poder viene de Dios», y de esta suerte pone los cimientos del respeto a la autoridad, el cual es postulado importantísimo de una vida social ordenada.

Cuando en el alma del pueblo vive el respeto de Dios, entonces es santo el juramento hecho delante del juez; entonces obliga el juramento hecho sobre la bandera. Encierra una verdad muy profunda la inscripción que se lee en el edificio de nuestra Curia: «Justitia est regnorum fundamentum»; «la justicia es el fundamento de los reinos»; pero el fundamento de la justicia es la religión. Sin respeto a la autoridad es ingobernable la sociedad humana. Mas ¿cómo podrá exigir respeto aquel Estado que es el primero en negar el respeto que debe a Dios?

Lo primero que hacen siempre los revolucionarios es socavar el principio de la autoridad y desacreditar a los representantes de la misma. Y, no obstante, el mismo comunismo no es capaz de trabajar sin autoridad; aún más, se ve constreñido a exagerar el principio de la autoridad, transformándolo en la caricatura de una disciplina terrorista.

## III. LA RELIGIÓN Y LA MORAL.

No es menor la importancia del papel que la religión desempeña en orden a ennoblecer la vida moral.

La que menos puede prescindir de las fuerzas morales que ofrece la religión es precisamente nuestra época, en que —no lo negamos— hay ejemplos de noble esfuerzo moral, pero en la que ha subido espantosamente el termómetro de la maldad, de la rudeza, del fraude y de otras epidemias morales, y ha crecido el número de los divorcios, de los menores delincuentes, de los suicidios, y en

la que partiendo de la literatura, del escenario y de la pantalla, emprenden su camino espectros sombríos de corrupción moral.

Frente a los dictados de la moral autónoma, incapaces de imponer la autoridad, y distintos según los diversos autores, no hay más que la religión, que puede aducir leyes morales eternas que están muy por encima de todo capricho humano y que, por lo mismo, no se conmueven ni siquiera en la tempestad de los instintos; y la religión no vacila ante la acusación de ser anticuada y antimoderna, porque sabe muy bien que los frutos de la vida moral no se alimentan del aire, sino que brotan y se nutren del árbol de la comunión con Dios.

Donde se cierran las iglesias forzosamente se han de abrir cárceles, y en número mayor al de las iglesias clausuradas, y hay que transformar en mangos de azotes los fragmentos que se puedan recoger de los báculos episcopales que el furor laicista convirtió en menudos trozos. El único sostén firme de la moral es la fe, porque únicamente el alma llena de convicciones religiosas puede pronunciar el «no!, ¡no!, ¡nunca!» victorioso, sin contempORIZACIONES, de la integridad moral.

El Estado tiene imperiosa necesidad de la moralidad pública, y, por otra parte, esta moralidad pública no puede ser creada únicamente por el Estado; éste, a lo más, puede ampararla con sus leyes. Solamente se puede atribuir la verdadera moralidad a la religión, que se apodera del alma de los hombres, que penetra su vida privada y que hasta ejerce control sobre los pensamientos más secretos del hombre.

Veracidad, cumplimiento del deber, concepto puro de la moral, honradez, amor al trabajo, son factores sin los cuales no se puede sostener la vida de las naciones, pero ellos de ninguna manera pueden ser creados por el Estado.

El titánico empuje de la técnica moderna fácilmente sofoca los deseos eternos del alma inmortal. Por todas partes se oye el traqueteo de las máquinas, el chirriar de las grúas, el ronquido de las hélices, la bocina de los autos, y en este caos apenas si queda tiempo al hombre para pensar en su alma.

Suenan con acentos de liberación las palabras amonestadoras de la religión cristiana: «Buscad primero —no: únicamente,

sino: primero— el Reino de Dios.» No hagáis andar el mundo de coronilla. Primero es el domingo, el día del Señor; después ha de seguir el día del trabajo, el día laborable. Antes la oración para que «venga a nosotros tu reino», y después su continuación: «danos hoy nuestro pan de cada día».

Aunque trabajéis en talleres oscuros ha de brillar ante vosotros la luz eterna; aunque trabajéis encorvados en fábricas estrechas, habéis de mirar el horizonte amplio de la misión ultraterrena; los brillantes focos que iluminan la fábrica no ha de eclipsar para vosotros el débil parpadeo de la lámpara que arde ante el Sagrario, y las nubes de humo que arrojan las chimeneas de las fábricas no han de ocultaros las estrellas del cielo.

Ved ahí cuán sublime misión tiene la religión cristiana: infundir vida nueva en las almas que están en trance de perecer de hambre en medio de una lucha económica incesante.

La religión santifica el trabajo cultural. El ritmo con que corre la cultura humana produce de un modo natural defectos no pequeños, sombras oscuras, que presentan sus problemas atormentadores aun a los pensadores más insignes, empezando por los antiguos indios, hasta Rousseáu y Tolstói. La cultura excesivamente pulida y refinada, ¿vale realmente más que la sencillez del estado primitivo?

Únicamente la enseñanza sobria y austera de la religión es decir, del cristianismo, puede brindarnos un remedio contra las desventajas y degeneraciones de la cultura Sin ello el predominio rudo del «yo» y de los goces sensuales pueden ahogar con facilidad la cultura, a la cual únicamente la religión puede poner un capítulo final que dé sentido a todo y sea digno de nuestra vida humana.

La religión no extiende el dominio de la moral únicamente a la vida familiar, al arte y a la ciencia, sino también a la vida económica, y detiene no solamente al artista, al sabio, sino también al propietario de la fábrica y al comerciante en el punto en que las barreras de la ley moral se yerguen para moderar la marcha libre en demasía.

Es la religión la que da vigor a las leyes supremas de la justicia y de la honradez en la vida económica, cuando la Naturaleza,



egoísta, disimularía con cierta facilidad, aun tratándose de algunos éxitos logrados por medios sospechosos.

Hoy ni siquiera barruntamos cuánto perdería la sociedad con la decadencia de la vida religiosa. La influencia de la religión sólo se manifiesta después de muchos años, y, por ventura, siglos, de penetración lenta y constante en la sociedad, y también se pierde muy despacio. Y aunque la religión parece que ha perdido en la actualidad su influencia antigua, la sociedad, no obstante, sigue viviendo —inconscientemente, claro está— de ella y de lo con ella relacionado, así como al atardecer continúa la luz durante cierto tiempo aun después de ponerse el sol.

Muchas veces oímos la queja legítima de que la disparidad de condición y el descontento, a pesar de tantas disposiciones legales y medidas de defensa, no van camino de mitigarse. En estos trances no hemos de olvidar que sin la tranquilidad interior del hombre, sin una adhesión resuelta a Dios, sin la paz que ésta comunica, son, en último término, infructuosas todas las medidas exteriores de la sociedad. Mientras no se atienda al anhelo interior del alma, los salarios más altos no podrán dar satisfacción.

Hoy día, el alma de las masas se ve sacudida por una duda formidable, y siente el vacío con todo su horror; se ha perdido la fe en Dios y en el cielo, y los sueños nebulosos del porvenir no son capaces de dar la más pequeña compensación para no sentir el vacío que han dejado en el alma los perdidos ideales. Consideraciones meramente jurídicas y sociales nunca podrán suprimir el egoísmo natural del hombre; la dura corteza no se ablandará sino en el fuego de la religiosidad y del amor a Dios.

La convicción religiosa es la que modela armónicamente la vida del individuo, que, a su vez, viene a ser el primer postulado del bien público. Lo que más falta nos hace en la época actual es un pensamiento elevado, un pensamiento-guía, que esté por encima de nuestros pequeños asuntos cotidianos y que sirva de ideal orientador a los que luchan en medio de las dificultades de esta existencia material. No se nos tache de rancios si en este punto flota ante nuestros ojos, como ideal, el pensamiento-guía de la Edad Media.

El medievo tuvo también sus defectos, pero por lo menos hubo en él un pensamiento-guía que todo lo dominaba y lo llenaba todo. La Edad Media tenía una fe viva.

La realidad de una vida que rebasa los límites de esta tierra llenaba de luz resplandeciente el alma del hombre medieval. Puesto que su mirada atravesaba con una peculiar clarividencia, el velo de la vida terrenal, y penetraba en el mundo del más allá, a cada paso sentía el hálito de aquella vida tan distinta.

No afirmamos que el hombre medieval haya sido mejor que el moderno, pero, en todo caso, era más rico, más profundo y, por tanto, feliz. Era más ingenuo y más alegre. También él se cubría de polvo, pero no se dejaba ahogar por el polvo. Entonces daban con gusto los hombres, porque recibían con facilidad. El egoísmo, como contagio de masas, era desconocido. Este espíritu común que latía en cada uno, esta fe robusta, levantaba catedrales, guiaba el pincel de los artistas y el cincel de los escultores.

Las iglesias medievales nos revelan una paz espiritual, una tranquilidad, una alegría, completamente desconocidas para nosotros. En las amables estatuas de mármol de los santos nos sonrío propiamente la alegría de los antiguos fieles; el simbolismo de los dragones y monstruos encadenados expresa la tranquilidad del espíritu religioso que ha triunfado sobre el mal, y aun hoy nos obliga a sonreír el humorismo ingenuo que goza viendo al diablo forzado a vomitar por su boca de piedra, desde las alturas del templo, las aguas de lluvia, o forzado también a sostener una ingente pilastra —de mal grado y rechinando los dientes—, rindiendo de esta manera su homenaje al Señor.

Este calor unificador de la fe religiosa que todo lo penetra y que todo lo satura; esta superioridad victoriosa brilla por su ausencia en nuestra época. Con aquella fe desapareció también la apacible concepción del mundo que tenían los antiguos.

Con razón dice un célebre historiador de la cultura, BURCKHARDT: «Entonces vivir significaba existir de veras; pero la vida que hoy llevamos se sintetiza en... el negocio.»

La religión ofrece un objetivo a la vida humana; la ciencia no es capaz de dárselo. La ciencia es un tesoro magnífico, y ¡ay de aquel que la desprecia! Sin embargo, a las cuestiones abrumado-

ras: «de dónde», «adónde» y «¿por qué», que la vida nos propone a todos, la ciencia es hoy tan incapaz como hace milenios de dar respuestas satisfactorias.

Nos aclara los fenómenos, explica contradicciones, corrige errores, establece relaciones de causalidad; pero únicamente la religión nos habla respecto de este punto para nosotros trascendentalísimo: de dónde parte y hacia dónde se dirige la curva que indica el curso del mundo y la curva de nuestra propia vida.

La civilización meramente material no es capaz de dar satisfacción al anhelo del alma. La familia, la sociedad, la filosofía, el arte, la literatura, todos, desean un contenido espiritual, y únicamente la religión está en condición de realizar esta espiritualización de la vida.

Nunca fue de más actualidad que hoy hablar de la importancia social de la religión; hoy, cuando nos encontramos junto a las ruinas humeantes de una civilización ya casi del todo derrumbada. La ciencia y el arte, la sociedad y la familia, en su largo proceso de infidelidad, que duró decenios y siglos, se fueron divorciando de aquellos sublimes ideales que iluminaron la vida de los antepasados.

Si el carro pierde la clavija del eje, pronto o tarde perderá la rueda. La Humanidad ha perdido su alma y empieza a sentir la falta que ella le hace.

Confesamos con humildad que el humo se nos subió a la cabeza y nos hemos fiado en demasía de nuestras fuerzas. Hemos creído que teniendo máquinas, fábricas, ferrocarriles, minas, industria, técnica, ya lo teníamos todo; que ya podíamos cortar aquel hilo que partiendo de la tierra se dirige hacia el cielo... Y lo cortamos... Y nos ocurrió lo que a la araña insensata de la parábola de Jørgensen.

¿Qué le ocurrió a esa araña insensata?

Ahí va el resumen de mi conferencia. Con ello cierro mis palabras... Destruyó su orgulloso trabajo porque no comprendió la utilidad del hilo que se dirigía hacia las alturas.

**NOTA DEL EDITOR:** Este texto digitalizado es un resumen de la primera parte del libro *EL TRIUNFO DE CRISTO*, de Mons. Tihamér Tóth.